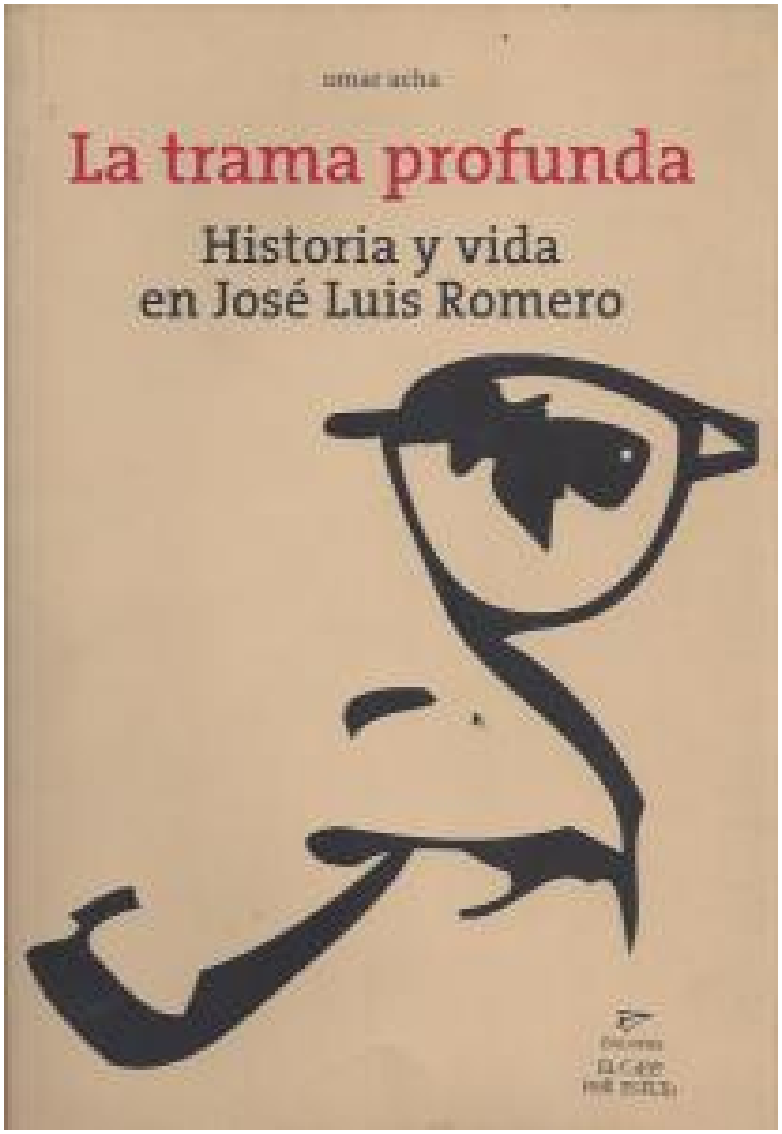
LA TRAMA PROFUNDA. HISTORIA Y VIDA EN JOSÉ LUIS ROMERO

Posted on 23/05/2024 by Facundo Iturburu



OMAR ACHA
UBA / CONICET



Índice

Prólogo

Reconocimientos

Capítulo 1 La pasión por la historia

Capítulo 2 Tribulaciones de un historiador socialista

Capítulo 3 Crisis e historia de la cultura en *Imago Mundi*

Capítulo 4 Los caracteres y la formación de la mentalidad burguesa

Capítulo 5 Un *Facundo* para el siglo XX

Capítulo 6 Estilos urbanos en la dialéctica de la modernidad.

Epílogo

Cronología

Bibliografía

Prólogo

La construcción de la historiografía latinoamericana asumió peculiaridades nacionales. El saber histórico fue un rizo clave en la provisión estatal de narraciones y prácticas culturales que constituyeran a los países en tanto naciones, pues la salida del orden colonial en el siglo XIX legó a las nuevas formaciones jurídicas el problema de la legitimidad. Las circunstancias particulares de esas naciones nuevas, carentes de sólidas bases institucionales, exigieron esfuerzos por configurar una disciplina productora de conocimientos y relatos históricos. En las frágiles realidades del orden americano, los proyectos individuales supieron destacarse en esas condiciones críticas. Por eso los historiadores más avezados en su tarea se quisieron *fundadores*, creadores de una ciencia pero también de una política del saber. Este ensayo propone recorrer los temas principales de una

vocación modelada por esas demandas en José Luis Romero, uno de los historiadores más originales del continente.

En la Argentina, la construcción de un campo historiográfico exigió más tiempo que el previsible en los primeros tiempos de la "Nueva Escuela Histórica", cuando en el meridiano de la década de 1910 Juan Agustín García advirtió la consolidación en la universidad de una nueva generación de profesionales de la historia. Hasta ese momento la historiografía era un privilegio de escritores acomodados que no obtenían su *bread and butter* de las fatigas historiadoras.

Sin que dicho proceso se materializara por largos años en una sólida institucionalización, sin que configurara realmente un *campo* según el sentido tallado por Pierre Bourdieu, su operación primordial, la creación de la Academia Nacional de la Historia, aconteció en un momento –la década de 1930– en que la política mediaba la profesionalidad historiográfica con los avatares estratégicos. La actividad desplegada en el ámbito universitario no podía evitar una colisión con lo político.

Con el control ejercido sobre el núcleo narrativo provisto por las obras decimonónicas de Vicente Fidel López y Bartolomé Mitre, la Nueva Escuela Histórica matrizó una interpretación de la historia que se consolidó con la edición de la *Historia de la Nación Argentina* en una fecha tan tardía como fue la de 1936. A pesar de los intentos de sustituir los relatos de los padres fundadores, la Nueva Escuela fue la extensión de la historiografía decimonónica hasta el mediodía del siglo XX. Tan vigorosa fue esa continuidad que la disponibilidad de un proto- revisionismo en las entrañas de la Nueva Escuela se anonadó. La problemática del caudillismo y la circunspección ante el dominio porteño sobre el interior del país se fosilizó como "tema de investigación". Se detuvo en los umbrales de la honestidad archivística, que no se podría desestimar pero que no alumbró sola al combate de las ideas. Sencillamente, la Nueva Escuela carecía de un *otro* ético-políticamente deleznable en la propia estructura de la nación argentina y en su exterior (no distinguió una oligarquía ni un imperialismo). Apresada en el mundo imaginado y construido por la Generación del ‘80, como burocracia especializada –ella misma heterogénea– estuvo condenada a consolidar la hegemonía de una era en el tiempo de su agonía. Ello es particularmente sorprendente porque sus miembros más connotados, Ricardo Levene y Emilio Ravignani, estaban política o culturalmente comprometidos con su época. El brete esencial residió en la incapacidad de traducir esas preocupaciones inmediatas en matrices historiográficas que conservara a la vez una voluntad de conocimiento. El modo en que efectivamente lo hacían, en su contribución a la historia patriótica, estaba moldeada en un nacionalismo que no asumía la complejidad real de una Argentina inmigratoria y en crisis. En rigor, la disciplina historiadora castraba a las obras de Ravignani y Levene de toda articulación sustantiva con la realidad viva.

José Luis Romero intervino en este panorama como un recién llegado y un conquistador, pues intuyó muy pronto que el suyo era un mundo en transformación. Su etapa formativa fue la de entreguerras. Esto significa que la realidad en la cual la Nueva Escuela Histórica hallaba su cimiento había delatado una grieta, como síntoma de una crisis de la filosofía del progreso donde ese mundo se hincaba para sostener sus promesas. No podría exagerarse cuánto de semejante crisis impactó a la generación de un Romero que, en una modulación singular, iba a lidiar toda su vida con el problema de la sociedad burguesa cuyos logros culturales y aun económicos estaban lejos de ser irreprochables. Testigo de un tránsito, su actitud fluctuó entre la admiración por los adelantos culturales y materiales del orden burgués, y la añoranza de un tiempo ido – probablemente mítico– donde los valores humanos fueron la medida de todas las cosas.

Romero fue un historiador porque en el pasado creía reconocer algo que merecía ser explicado activamente. Esa historia que lo interpelaba no podía, por fuerza, ser ni aquella de la Nueva Escuela, ni la revisionista que nació en los años 1930 para insuflar energía al nacionalismo.

Visto desde hoy, podemos decir que Romero contorneó un enigma político-cultural durante medio siglo con un instrumental historiográfico: la división de la sociedad de cuya profundidad la crisis era una revelación. Esa sospecha fue la clave del significado de Romero en la historia de la historiografía argentina, a saber, la de consumar el fin de la Nueva Escuela Histórica y proponer una renovación cultural que deseaba ser más que académica. Sin embargo Romero permanecería una *rara avis* entre la historiografía que contribuyó, como nadie, a fundar.

La clave de mi interpretación de dicha rareza consiste en proponer un exceso del usual encuadre historiográfico en el que ha sido aprisionado. Más que un historiador delimitado a sus quehaceres de oficio, fue un intelectual. Los temas de sus preocupaciones no estaban formateados por una agenda académica, sino que brotaban de una muy precisa manera de entender los antagonismos sociales. Quizás una comprensión más adecuada provenga de una inteligencia iluminada por el psicoanálisis. Aquí esa vía casi virgen de la historia intelectual no provee sus métodos ni sus conceptos. Sólo estiliza la cuestión: más que la potencia constante de una identidad, podríamos observar la permanencia de una falta, de un enigma, como puntal motriz de una trayectoria extensa e intrincada. Antes que una convicción teórica, la biografía intelectual de Romero halló su coherencia en un interrogante. Veremos que su periplo coaguló en operaciones sólo en parte comprensibles por la preeminencia del empirismo historiográfico.

La lectura que propongo se rinde desde su inicio al vano afán de hundir la cuchilla interpretativa en la documentación y de extraer bien pronto, de la hechura maciza de los discursos, su núcleo de sentido. Prefiere detenerse en la operación más diligente y reverberante del desanudar lo que se

presenta tejido, texto, en los escritos que de Romero hemos heredado. Un recorrido, pues, que va hostigando un prisma cuyos aspectos se comunican pero también se repelen. Con maneras diversas de decir lo mismo y con gestos similares para destacar diferencias. Porque si, en efecto, de lo que se trata es de reconstruir la eficacia de la persecución de un enigma, este no se caracterizará por su presencia, sino por su inevitable deriva. Y es que siempre un enigma es el resultado de las operaciones fracasadas de instaurar un objeto. Cuando presente, ya avanzada la discusión, la tesis del intento de retomar la osada fiereza de D. F. Sarmiento en el *Facundo*, se cernirá quizás el momento en que se funda lo recortado a través de la insuficiencia de la palabra.

El primer capítulo propone una discusión de la concepción historiográfica de Romero. Allí se explican sus conceptos fundamentales y su temprana evaluación crítica del oficio historiador. El capítulo dos introduce la trayectoria de Romero en el socialismo argentino, mostrando cómo esa identificación condicionó su obra historiadora mayor, precisamente en cuanto la atención al antagonismo social y cultural fue un nervio de comprensión histórica. El tercer capítulo analiza el proyecto de intervención político-cultural que fue la revista *Imago Mundi*. Allí se observará la modulación y estallido de una perspectiva cultural. La sección siguiente explora las peculiaridades del concepto de "mentalidad", que contrasta con el empleado en otras historiografías contemporáneas, y que habilita la cuestión de la política como expresión cultural de la conflictividad social. El capítulo cinco ilumina otro aspecto: la plusvalía del ensayo. Sostiene que las interlocuciones más eminentes de Romero provenían del ensayismo latinoamericano y argentino antes que de la historiografía académica. El capítulo sexto y final examina la cuestión urbana en Romero desde el ángulo de su imaginación histórica y de su propia experiencia de la modernidad occidental. Propongo allí que dicha experiencia estaba cargada de un romanticismo perceptible desde las tempranas expresiones teóricas enunciadas en el capítulo primero hasta los viajes realizados en la década de 1970. Finalmente, en el epílogo arriesgo los contornos de una posible activación contemporánea del afán intelectual de José Luis Romero, en una época que no es la suya.

La Matanza, otoño de 2005

Reconocimientos

La escritura de este libro me ha acompañado durante largos años. Sólo recientemente me decidí a abandonarlo (pues un texto nunca se termina). Las deudas son numerosas, y aquí no podría evitar mencionarlas sino parcialmente.

Luis Alberto Romero me facilitó libros y materiales del archivo de su padre (sobre todo dos estupendos cursos inéditos referidos en el capítulo 6). Carlos Astarita dirigió un tramo inicial de mi investigación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Quiero distinguir muy especialmente la inusual gentileza de Juan Andrés Bresciano, quien sin conocerme y sin promesas de reciprocidad me envió una copia de los artículos de *Marcha* sobre la polémica en torno a lo que sería la *Introducción al mundo actual* y de las *Actas* de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación que concernían a la actuación de Romero en el Uruguay. Reyna Pastor y Tulio Halperin Donghi respondieron por e-mail mis preguntas sobre sus vínculos con Romero. Sergio Bagú lo hizo por correo postal. Charlas en cafés suburbanos con Gerardo Oviedo sesgaron mi atención en Saúl Taborda. Para el capítulo sobre la actuación socialista de Romero fue esencial la consulta del Centro de Documentación e Investigación sobre la Cultura de Izquierdas en la Argentina (CeDInCI). La biblioteca del Seminario Rabínico Latinoamericano fue mi último recurso para acceder a *Hebraica*. Jorge Myers me obsequió una copia del artículo de *Capítulo* sobre Brujas. Marcelina Jarma, Gastón Burucúa, Fernando Devoto y Adrián Gorelik me plantearon en diversas ocasiones objeciones de importancia. Los responsables de El Cielo por Asalto aceptaron cobijar el presente volumen en esta destacada colección.

Va de suyo que en ningún caso la responsabilidad de mis pareceres podría ser vinculada con las personas nombradas.

Capítulo 1

La pasión por la historia

Romanticismo, antipositivismo y crisis

La historia de las ideas en América Latina, como en otras latitudes, se constituyó a través de debates, transacciones e hibridaciones. La trayectoria intelectual de José Luis Romero (1909-1977) delata esa misma condición compuesta que se halla, con sus diferencias, en Gilberto Freyre, Jorge Basadre o Leopoldo Zea.

El romanticismo fue una nervadura básica, la primera, del pensamiento histórico de José Luis Romero. Al término de nuestro periplo veremos que esa traza romántica tamizada por otras inclinaciones constituía también una estructura de sentimiento. Veamos por el momento sus efectos

en la noción de conocimiento histórico.

Sólo por un esquematismo empirista demasiado rancio se acepta que la historiografía se ataree exclusivamente con el *pasado*, cuando sus asuntos son el *tiempo* y la *transformación*. En cualquier caso, desde su juventud Romero sabía bien que la prospección estaba dada también para el pensamiento riguroso (lo sabremos mejor cuando hurguemos en la cuestión del ensayismo). Pero no cabe duda de que su interés de historiador se inclinaba hacia el pasado pues en su imaginación politizada, la comprensión del pasado era maestra de la vida.

Las preocupaciones teóricas de Romero intentaron justificar una concepción pasional y práctica del conocimiento como manera de ser en el mundo. En ella propuso una vinculación entre historiografía y situación existencial que lo condujo a defender la tesis de que la historiografía develaba la *trama profunda* de la *vida histórica*, con la esperanza de que captara el nervio más íntimo de la experiencia social. La vida histórica enhebraba la existencia temporal de las sociedades humanas.

La concepción historiográfica de Romero tuvo una escansión propia, irreductible al devenir de la disciplina histórica en la Argentina de entreguerras. Fue el suyo, más precisamente, el clima ideológico de una *nueva generación* que advenía al ejercicio intelectual en una era de incertidumbres. La exigencia romántica de vincular vida, historia y conocimiento surgió como contestación a una crisis ideológica de envergadura. Fue la reacción ante un mundo que había perdido inteligibilidad. La realidad había extraviado su aplomo y era imprescindible reorganizarla desde parámetros diferentes a los que proveía, hasta entonces, una cultura burguesa gobernada por el cientificismo y el positivismo.

Desde el nacimiento de su vocación intelectual, la *pasión* constituyó en Romero un rasgo central en la imagen de la producción de conocimiento histórico. Este apasionamiento, este compromiso existencial del cual la obra historiadora manifestaría más que una preferencia individual, expresaba una cualidad o potencialidad de la historiografía como actividad *humana* incomprensible desde la razón positivista.

La hermenéutica histórica pertenecería a la vida misma. La pretensión de cientificidad de la historiografía no afectaba la actualidad de la escritura de la historia para el devenir de la experiencia individual y social. La ciencia histórica detentaba "una forma de militancia" muy propia, intransferible a otro tipo de saberes. Romero la sostenía contra lo que veía en el Nietzsche de las *Intempestivas* como una devaluación de su importancia para la vida. Defendía que incluso cuando persevera en su voluntad cognitiva dirigida al pasado, esa militancia le otorgaba a la historiografía su calidad más

"profunda y noble".[1]

Esta concepción de la historia obedecía a dos motivos fundamentales. En primer lugar era una reacción a la práctica erudita que –como ideal metodológico– preponderaba en la historiografía argentina. En segundo lugar, como respuesta a la percepción de una situación crítica de la cultura occidental y de la coyuntura política argentina, contexto en el cual la historia podía funcionar como guía preferencial de *ilustración* hacia tiempos mejores. Romero denostaba la historia fáctica, desinteresada de su entorno y literariamente reseca, incapaz de insertarse activamente en la vida y de autorizarse a intervenciones públicas.

Ciertamente, los historiadores de la Nueva Escuela Histórica fueron tan poco apolíticos como otros cualesquiera, pero la evidente parcialidad de sus actividades no estaba articulada formalmente con su práctica específica como historiadores. Por el contrario, la "objetividad" aparecía como la garantía del rigor científico.[2] En verdad lo que Romero pretendía no era sólo develar la inevitable perspectiva de todo saber. Aspiraba a formalizar esa condición ambigua como su espina más excelente.

El primer empeño intelectual de Romero, la revista cultural *Clave de Sol* (1930-1931), evidenciaba una fragilidad escrituraria en la plataforma de sus ideas. Sin embargo, su médula más delicada calaría profundo en su pensamiento. *Clave de Sol* participaba en una atmósfera profundamente hostil a lo que se entendía como el modelo norteamericano de sociedad, epítome de una modernidad inhumana. Los Estados Unidos condensaban, en el primer artículo de Romero publicado en sus páginas, las calamidades burguesas, sin estilo ni densidad. Los caracterizaría una existencia acompasada por un "chirrido insolente", tendida a la "vida exterior", con un ritmo peligroso y atrabiliario.

El texto de un Romero de veintiún años debatía las diferencias entre la biografía y la historiografía. La atracción concitada por la primera se debía a que completaba imaginariamente la insignificancia del hombre moderno: "Un señor perdido entre legajos burocráticos y aturdido por timbres y teléfonos, pedía a gritos la vida de uno de los superhombres del mundo para llorar su pérdida y consolar su propio vacío (…)".[3] Para saturar su carencia de atributos, los biógrafos representaban los superhombres en los que los modernos hallarían una compensación especular. Ante esa escapatoria indolente, Romero reivindicaba la angustia del ser mortal. Poco más tarde, la historiografía aceptaría la faena que la biografía era incapaz de realizar en su resarcir al sujeto de la vida moderna.

La actitud frente a la crisis epocal conciliaba el romanticismo de la implicación subjetiva en la

producción de conocimiento con la defensa del liberalismo en un tiempo que para Romero era de avasallamiento de las libertades individuales. Pero no se vea una contradicción, sino más bien una contrariedad, en esta argamasa de romanticismo y liberalismo: Romero defendía algunos años después lo que permitía la polaridad: el liberalismo habría retomado los postulados del romanticismo.[4] Pero esa conclusión que subordinaba la mediación romántica en una visión liberal del mundo fue el fruto de la tramitación del ascendiente de una atmósfera cultural donde Saúl Taborda (1895-1944) jugó un rol significativo. La relevancia de este autor se inscribe en el humor intelectual fraguado en la Universidad de La Plata, donde la crítica del positivismo encontró uno de sus baluartes.[5] En ese mundillo intelectual transitaron entre otros Alejandro Korn, Pedro Henríquez Ureña, Alfredo Palacios, Carlos Sánchez Viamonte, Ezequiel Martínez Estrada.

En 1930 el gobierno constitucional de Hipólito Yrigoyen fue derrocado por un golpe militar. Aunque es cierto que los sectores golpistas aducían que el radicalismo expulsado del poder había mancillado a la Constitución y ellos venían a restaurarla, esas declaraciones no ocultaban el antiliberalismo autoritario que los movía. Si no era precisamente ése el tipo de descreimiento del liberalismo como ideología política el que primaba en los sectores expectantes ante la debacle yrigoyenista, el denuesto del parlamentarismo estaba extensamente difundido, incluso en el espectro político del progresismo.

El desmoronamiento político entroncaba con fallas quizá más graves en la formación económico-social argentina en construcción. Al evidente derrumbe de la economía mundial se unía una sensibilidad que bajo el ropaje de una *reacción antipositivista* cuestionaba las certezas culturales de las élites argentinas. El ánimo de revisión radical de la realidad recorría a la juventud intelectual por lo menos desde el año 1918, cuando el movimiento de la Reforma Universitaria, primero argentino y luego continental, declaró su extrañeza ante las autoridades del saber académico y reclamó nuevos maestros. Más allá del jaleo ideacional que habitaba a los reformistas, había una creencia compartida: la nueva generación estudiosa deseaba participar en la construcción de otra realidad.

La recuperación de pensadores como José Ingenieros o Alejandro Korn, de amplia notoriedad entre la juventud intelectual, no logró articular con profundidad adhesiones que fundaran un original movimiento de ideas. Saúl Taborda ejerció, en este ambiente de requiebres culturales, una influencia perdurable en el pensamiento de J. L. Romero, porque fue el primero en proponer –a sus ojos– una comprensión global de la situación contemporánea, anudando el presente con las huellas del pasado.[6] Aquél había participado activamente del clima de la Reforma Universitaria, calando años más tarde la fibra de su intervención en un historicismo romántico con deudas germanas. En esa fuente alimentaba su escepticismo ante las formalidades jurídicas e institucionales. Taborda

entroncaba una censura al mundo capitalista a favor de una vida premodernista, no dañada, con la crítica de las ideas autoritarias que proliferaban en Europa y amenazaban con imponerse también en el continente americano.

El formalismo institucional era para Taborda la concepción de lo político en el burgués sin heroísmo. De allí también sus desapegos a la adoración de la máquina y el dinero.[7] En lo profundo, los dilemas de la hora residían en una generalizada indigencia espiritual, de la que participaban incluso los sectores que se querían progresistamente revolucionarios.[8] Su error consistía en mantener la voluntad de revolución en un grado de abstracción incomunicable con la circunstancia local. "La complejidad de los problemas de nuestro tiempo –proclamaba en 1932– obliga a encarar el planteo y la solución de los mismos en su aspecto universal, aunque atendiendo a las características de la realidad americana y a las circunstancias nacionales".[9]

La concreción en Taborda de esta posición fue la edición en Córdoba de la revista *Facundo*, en 1935.[10] El título de la publicación hacía explícita la identificación con Facundo Quiroga, el caudillo riojano del siglo XIX que había sido adoptado por Domingo F. Sarmiento como el compendio de la barbarie. Taborda proponía recuperar un espíritu nacional, auténtico, que fortaleciera lo vernáculo sin las tonsuras del capitalismo. El proyecto fue atacado, en una Argentina donde la escisión fascismo-democracia comenzaba a organizar las disputas intelectuales, como una tendencia totalitaria.[11] El reproche era parcial puesto que Taborda gozaba de credenciales antifascistas indiscutibles. Más allá de su apuesta por un nacionalismo sustantivo, las perspectivas intelectuales más generales no eran hostiles al socialismo revolucionario. En un reparo dirigido a Carl Schmitt, por caso, se apoyaba en Hermann Heller,[12] donde se lee una huella que sería la continuada por su discípulo José Luis Romero.

Romero se distanció de Taborda por dos sendas: la primera fue la imposibilidad de seguirlo en su esencialismo nacionalista, pues Romero observaba el porvenir de un país nuevo, y no la mera recuperación de un pasado inmaculado.[13] La segunda diferencia, en verdad una consecuencia de la disidencia anterior, consistía en que el peligro del estatismo que preocupaba a Romero no podía ser conjurado por la comunidad facúndica, precapitalista, añorada por Taborda. Precisamente allí estaba el claro imposible de cubrir por la argumentación tabordiana: para Romero sólo unas élites del saber podrían guiar una acción emancipada tanto de las miserias del capitalismo como de la amenaza de la servidumbre estatal.

La admiración por Taborda fue una inspiración profunda, pronto sublimada en un liberalismo

socialista moderado, de la que Romero retuvo una reserva ante la aceptación acrítica del capitalismo y la inquietud por la densidad de la historia.

La recuperación de una comunidad indivisa era para Romero un proyecto imposible. A la tentación comunitarista "federal" se anteponía la sensibilidad socialista que crispa las diferencias, que hace crujir las totalidades, que cuartea las armonías. Pero el desacuerdo no derivaba en un refugio cientificista ante la demanda del ultraísmo ideológico de Taborda, pues para actuar era indispensable comprender que la historia argentina había sido una travesía labrada por violentas escisiones. El diagnóstico histórico iluminaba la radicalidad de las fisuras producidas por el derrumbe de la Argentina de la agroexportación, de la inmigración, y de la democracia de masas. En esa sociedad anidaban diferendos coyunturales, pero había otros que atravesaban el campo constitutivo de lo social. El ideal tabordiano aparecía, en semejante contexto, como desfasado e irreal.

La cuestión inmigratoria y el tema nacional conformaron el plexo cultural de las jóvenes generaciones que en esos años difíciles oscilaban entre la política y la historia. Aparecían del mismo modo, por ejemplo, en un contemporáneo de Romero, *argentino nuevo* como él, hijo de catalanes: Rodolfo Puiggrós (1906-1980). También Puiggrós escribía precozmente, interesado en cómo resolver las aporías de la situación argentina. También él había sentido la insuficiencia de los saberes instituidos, había auscultado con veneración –y enseguida con distancia– a los visitantes extranjeros como Keyserling y Ortega que desembarcaban prontos a interpretar las esencias argentinas. Mientras Puiggrós decidió integrarse al comunismo, Romero prefirió mantenerse en la izquierda reformista.[14]

El conflicto de la vida histórica

A las escuchas de las interpelaciones políticas nacionales y latinoamericanas, se anudó en la formación de Romero un denso entramado de lecturas alemanas ampliamente difundido por las traducciones españolas, y luego mexicanas, del universo neokantiano que siguió a la disputa metodológica (*Methodenstreit*) de fines del siglo XIX. Los filósofos e historiadores que desplegaron los motivos de una nueva crítica del saber, desde W. Dilthey hasta E. Cassirer, nutrieron las preocupaciones teóricas de la entreguerra.[15] Sólo después de 1955 las ciencias sociales tomarían el relevo en la problemática intelectual de Romero. Pero incluso en esa nueva época de modernización compulsiva, las nociones de vida histórica, pasión y conflicto forma- creación, lubricarían la introducción de otras retóricas. Como se indicará en el capítulo dedicado a *Imago Mundi*, Romero conservó después de 1955 las convicciones teóricas básicas que configuró en los

años treinta. Su concepción historiográfica fue relativamente inmune a las tendencias intelectuales de corto plazo. De allí que su médula desplegara en diversas manifestaciones aparecidas a lo largo de cuatro décadas la curvatura de creencias profundas antes que la revisión de intuiciones tempranas.

Toda la comprensión de lo histórico propuesta por Romero reposaba en una convicción esencial: la transformación de las formaciones socioculturales configura un sentido en la historia, constituyéndola en un proceso articulador del pasado, el presente y el futuro. El conocimiento historiográfico la reconstruye en el círculo hermenéutico de la intuición y el trabajo documental. Dentro de ese eje temporal, presente en la argumentación de Dilthey sobre las "ciencias del espíritu" (*Geisteswissenschaften*), en la formulación de Romero se vislumbraban tres elementos constituyentes: el *sujeto histórico*, la *estructura histórica* (o "creación creada") y el *proceso histórico*. La actuación de los sujetos humanos dentro de la estructura histórica que ellos mismos modifican y cuyas coerciones sufren como régimen de posibilidades de acción, conforma un proceso histórico que no puede ser captado sólo por el *entendimiento* sino que exige un proceso de síntesis caracteriza a la tarea interpretativa.

El objeto de la indagación historiadora era concebido como una configuración cultural que unía el plano fáctico de los hechos consumados y el plano potencial de lo posible, de lo que pujaba más allá de lo empíricamente instituido. La interrelación conflictiva entre esos planos no se agotaba en una determinación de continuidades cronológicas entre épocas sino que formalizaba una diversidad de estructuras temporales: "una temporalidad experiencial del devenir biológico del individuo, del devenir social de los grupos y del devenir de la creación cultural."[16] Definición general que, sin embargo, no obstaba para que Romero nombrara claramente el peligro que entrañaba la desaprensión por lo original de los procesos históricos: "Se ha tendido excesivamente a buscar en lo histórico las grandes líneas fundamentales. Pero si la síntesis no se da ya hecha, la búsqueda de esas grandes ideas ha de resultar falsa absolutamente si no recordamos esta categoría histórica: la complejidad".[17]

La complejidad se funda sobre la contingencia del "hecho", del acontecimiento en el cartabón de procesos que lo exceden. "El hecho –argüía– es la antítesis de los procesos de larga duración y lento ritmo de cambio. Es, por el contrario, un acto instantáneo".[18] Como en Max Weber, los hechos carecen de sentido propio. El *quid* de la cuestión descansa entonces que cómo es posible una ciencia histórica que conciba hechos y estructuras en una matriz coherente. Romero proponía desentrañar el *sentido* del proceso histórico en la mediación activa de los individuos inscriptos en grupos, clases, o multitudes. La historia de la cultura resultante sólo era pensable empíricamente a

través de la historia de un individuo representativo o de un colectivo humano. En la consumación de este proyecto, la historia de la cultura occidental fue la historia de constitución de la burguesía.

A partir de aquellas premisas Romero propuso un cierto esquematismo que otorgara a la historiografía la capacidad de narrar las estructuras donde los hechos particulares podían ser *comprendidos*. La labor historiadora no debía detenerse en la compilación de informaciones dispersas, pues la multiplicidad fáctica era ininteligible sin el empleo de *tipos historiográficos* que conciliaran la explicación de fenómenos macrosociales y la comprensión de la peculiar dialéctica de los acontecimientos singulares. Ello exigía construir modelos de interpretación provisionales que mediaran entre los conceptos más generales y los sucesos discretos. Estos esquemas abstractos que son los tipos historiográficos eran solamente artificios auxiliares en la comprensión de la "realidad". No eran una realidad en sí. Esta imagen no reduccionista del tipo historiográfico suponía "un esquema que se realiza regularmente y dentro de cuyas líneas directoras se estructuran, reiteradamente, las realidades diversas que se someten a examen".[19]

El esquematismo expresaba la eficacia del pensamiento morfológico del que Romero alimentaba su imaginación social e histórica.[20] La morfología malograría su capacidad de producir conocimiento si no propusiera alguna hipótesis de cómo se estructuró un proceso a través de una forma específica. Esto lo había comprendido y teorizado Wilhelm von Humboldt al articular la propuesta teórica de Goethe con la doctrina de las "ideas" de Kant.[21] Los "tipos historiográficos" o los "esquemas" propuestos por Romero eran formaciones abstractas, pero referían a modos de configuración de lo real histórico *en su estrato más profundo*. De otro modo, sin ese suplemento teórico, la diversidad de los eventos extraviaría su sentido y el conocimiento científico sería imposible.[22] Se comprende por qué el empirismo no podría ser la "epistemología espontánea" del historiador Romero: la realidad no era perceptible ante la simple observación –desprovista de teoría y con fichas en la mano– de la historiografía; por el contrario, exigía la interpretación de la multiplicidad *aparentemente* informe.

El otro aspecto de la teoría de la historia en Romero suponía que la realidad histórica no era plenamente azarosa. Esa convicción no es incompatible con la morfología, aunque es cierto que tensionaba el trabajo creador de las *organischen Kräfte* de Herder. "Es innegable –escribía en 1940– que la diversidad de lo histórico no es infinita, sino que se encierra dentro de los límites de la constante humana; en otros términos: el hombre, protagonista de la historia, no actúa como un complejo unitario y permanentemente igual a así mismo; como ser histórico, actúa según ciertas notas predominantes del ser individual o de la comunidad en que se estructura; estas notas no son infinitas, sino que constituyen un repertorio más o menos reducido de direcciones en las cuales el hombre cree poder realizar su destino, tanto individual como social".[23] Aunque las elecciones

humanas crearan situaciones vividas como novedosas, para la mirada informada de la historiografía esa presunción inmediata sería relativizada, porque "hay en la historia mucho vino viejo en odres nuevos".[24] De allí la insistencia en que la historia enseña. Y sin embargo esa universalidad de la historia castraría su filo si lo inaudito desapareciera de su panorama.

La doble eficacia del historicismo alemán y de la morfología de raíz goethiana enhebró una concepción historiográfica donde el cambio y la continuidad se determinaban en la tensión irresoluble entre lo establecido, lo formal, y lo pujante, lo creador. Las referencias de la historia cultural alemana constituyeron el universo bibliográfico fundamental de la publicación *Imago Mundi* que Romero impulsó entre 1953 y 1956. Justamente entonces, en el momento del derrocamiento del gobierno de Juan D. Perón, la transformación abrupta de la situación política argentina promovió una renovación ideológica que clausuró el mundo de las inspiraciones culturalistas para privilegiar el cientismo social.

El conjunto abigarrado de encuadres teóricos mencionados inspiró una teoría de la historia que Romero nunca logró convertir en libro. Cuando lo sorprendió la muerte, ese era uno de sus proyectos más añorados. En cualquier caso, los desarrollos parciales le ofrecieron un atalaya desde el cuál desmembrar la historia de la historiografía, separando articulaciones, descoyuntando carnes y nervios, para rearmar con un engrudo propio una máquina de narrar la vida histórica que respondiera adecuadamente –eso deseaba– a las exigencias de la época.

Hacia una crítica de la historiografía

El resguardo minimalista que la historiografía erudita cultivaba como trinchera cientificista contra la seducción literaria aparecía a Romero como un ideal demasiado indigente para ser trocado a cambio de un estatuto epistemológico siempre incierto. La historiografía debió pagar un precio muy elevado para ser admitida en el ámbito de las ciencias, eliminando su cualidad activa en beneficio de un inventario, desligada de la vida histórica y por lo tanto estéril para toda función práctica. La vida histórica fosilizada por el positivismo y la erudición huera sólo alcanzaban a recrear lo muerto, objetivo máximo de una "miopía profesional y cierta indiferencia ambiente". Esta reducción de la práctica historiadora al manipuleo archivístico, escribía Romero, fue un lastre para los historiadores que la propugnaron; era suya la responsabilidad de haber sustraído a la experiencia humana contemporánea la singularidad del saber histórico transformando el conocimiento en un "mero saber".[25]

La inclinación de Romero proponía en la escritura de la historia una actitud similar a la mística, una experiencia histórica existencial,[26] que alojaba la pulsión al conocimiento histórico "en otras zonas más profundas del espíritu que no son las del intelecto puro".[27] Esa valoración de la interioridad "espiritual" y de la percepción subjetiva, no obstante, no era entendida como simple misticismo relativista e individualista. Romero la postulaba como alternativa teórico-política a un materialismo ramplón incapaz de afrontar –en el ámbito singular del quehacer historiador– la comprensión de los cambios sociales y culturales urgentes. El romanticismo que sostenía el reclamo de compromiso subjetivo no implicaba el retorno a una época premoderna, libre de los peligros del maquinismo, el dinero y la velocidad. Precisamente, lo que el romanticismo enseñaba era la continuidad de la historia a pesar de los cambios de superficie. ¿Cómo podría operar con rigor una ruptura con el automatismo moderno sin hacer su historia, sin elaborar su narración?

El *mero saber* era también la renuncia a explorar la utilidad práctica de la historia –y he aquí el segundo motivo que fundamentaba su concepción de la historiografía– en momentos de crisis de la sociedad, de desencanto por los valores hasta entonces vigentes. La aparición de las "masas" como agente social fue la expresión material de la crisis contemporánea.

En *Clave de Sol* se observan los trazos originarios de la cuestión de lo multitudinario. En el número aparecido transcurrido el golpe de Estado contra Yrigoyen, Romero abordaba la cuestión en explícita referencia a la situación política. El juicio sobre el radicalismo yrigoyenista, como fenómeno expresivo de la democracia de masas, era ambiguo.

Romero retomaba un discurso extensamente aceptado entre la intelectualidad de la época al señalar que la masa en tanto que tal era empirista. La masa aceptaba las cosas como realidades esenciales, atemporales y perennes. Acataba un "sentido conservador" que equiparaba "lo real" con "lo actual". Porque la masa no hacía, según el crítico, más que multiplicar los valores mediocres o vulgares.

La dificultad del momento era que se murmuraba de una revolución acometida en setiembre de 1930, y sucedía que toda revolución moderna implicaría un efecto masivo y renovador. ¿Qué se entendía, pues, por el hecho revolucionario? Romero sostenía que una revolución se produce cuando la masa pierde esa condición de simple reproducción de lo mismo, para crear en la acción. Entonces la masa obra líricamente, sin atajos debidos a la razón o la utilidad. La revolución debía definirse como esa transformación de las conciencias, cuando lo natural y espontáneo admitía su contingencia. En otras palabras, cuando la masa adquiría una conciencia histórica. Sólo entonces la violación de las normas adquiría trascendencia.

En la Argentina la inmensidad del aporte inmigratorio creaba una situación de indeterminación social y cultural, que sólo había coagulado en forma de masa con las elecciones de 1928 que dieron el triunfo al radicalismo. La masa era, a partir de entonces, una realidad imposible de desplazar sin sufrir "sobresaltos y contratiempos". "A quien de aquí en adelante se encarame a la florida rama del poder, escribía Romero, bueno será gritarle un alerta antes innecesario y recordarle este suceso paradójico: ya existe pueblo".[28] La transición de masa a pueblo no sobreviviría en la preocupación de Romero, y allí residió el tema de su imaginación historiadora: cómo la multitud heterogénea deviene pueblo, cómo se hace nacional.

El hecho molar bordeaba en la ausencia de una coherencia social que la caída del radicalismo hizo evidente. En esas circunstancias la historiografía debía afrontar una doble tarea: conferir sentido a la historia para crear las condiciones espirituales mínimas para superar el desconcierto reinante al mostrar las continuidades culturales de Occidente, y elevar la conciencia de las masas surgidas en la sociedad moderna. Ambas operaciones debían ser vertidas en el molde local, por lo que no sorprende que los asuntos capitales de Romero posean un parecido de familia con los intereses genéricos de las historiografías latinoamericanas.[29]

La convicción de vivir en un momento crítico era tan indiscutible como lo era que la vida histórica se construía a través de las acciones humanas. La virtud de una comprensión de la vida histórica consistía en suponer que las enseñanzas provistas por la historiografía eran aptas para arrojar luz sobre la angustiante condición contemporánea. El vínculo entre crisis e historiografía, claramente establecido a mediados de la década de 1930 perduraría durante largas décadas, justificando la permanencia de los fueros reclamados por Romero para el saber histórico. En 1943, en tiempos de una guerra cuya definición no estaba decidida, subrayaba vigorosamente que la crisis del presente instaba a una particular atención hacia la historiografía: "hay que saber cómo se es y sólo el pasado constituye la realidad de cada uno. (...) ha surgido de la crisis – concluía– una densa preocupación por el conocimiento de la colectividad por sí misma, manifestada, como perfección de la autoconciencia, a *cuyo interrogante sólo el pasado puede responder*."[30]

¿Cuál era el interrogante que la historiografía podía elaborar? Era el de las masas y su correlato, el peligro del Estado total. La prevención contra el Estado acompañó a Romero durante toda su vida adulta. Él sólo abordó, como historiador, el fenómeno de las multitudes. El asunto de las masas tenía una doble vertiente, cultural y social, que perseguiría en el margen que distinguía a la historia inspirada en Dilthey y a la cribada en la vertiente social del pensamiento socialista. En otros capítulos señalaré por qué la inquietud por el porvenir de las élites devino en la preocupación, en buena medida teórica, por abordar el estudio de las masas.

El individuo y la conciencia histórica

En el repertorio de los denuestos que se dirigieron a Romero se hallaba el de ser un "filósofo de la historia". Esa calificación estaba preñada de un ánimo polémico evidente: en el siglo XX la filosofía de la historia fue desacreditada como práctica historiográfica. Los tres rasgos que de acuerdo a Maurice Mandelbaum caracterizan a la filosofía de la historia, a saber, su cobertura de todo el arco del devenir de las sociedades humanas, el descubrimiento de un mecanismo de cambio específico y constante, y la definición de un *sentido* global y unitario del acontecer, confluían en una fórmula que la historiografía con pretensiones científicas deslindó de su campo como requisito para su legitimación epistemológica.[31]

Si las acusaciones eran reas de los intereses que los soportaban, se apoyaban en un sustrato de realidad: Romero hallaba en la reflexión teórica del trabajo historiográfico –en la determinación de los rasgos de la vida histórica– sus apuestas fundamentales para, posteriormente, estructurar una narración basada en el estudio de fuentes documentales.

Otra vereda del momento reflexivo del diseño de su perfil historiador fue la evaluación de las tradiciones historiográficas. La historia de la historiografía siempre ha sido un modo en que esa aspirante a "ciencia" que es la disciplina histórica justificó los derechos epistémicos sucesivamente conquistados. Más allá de destrezas ironistas desigualmente distribuidas, este tipo de historia suele subrayar qué progresos se verificaron en los esfuerzos desplegados en el curso de las décadas de una tarea continuada.[32]

La manera en que Romero entendía la historia de la historiografía era, si se quiere, igualmente arbitraria. En todo caso, amparado en una inteligencia de vida histórica, del hacerse socialmente en una andadura temporal, la historiografía parecía retomar siempre preguntas similares y esbozar respuestas emparentadas. No se trataba de una distancia entre épocas sino del modo, de las estrategias, por las cuales las incógnitas apremiadas por la realidad hallaban respuesta. El relato del acontecer de la historiografía en Romero no era, pues, sólo un expediente contingente para establecer las peculiaridades de sus ambiciones intelectuales respecto a una tradición. Era más que eso. Suponía reconocerse como historiador en los diversos modos en que la vida histórica cuyos rasgos básicos eran en lo profundo constantes había sido comprendida. La historia de la historiografía no podría ser un repertorio malicioso de las dificultades para dar cuenta de la complejidad de lo real, de su carácter imposible, ni una síntesis del flemático acumularse de los progresos investigativos. En Romero conformaba un recorte del sí mismo a través de un sistema de censuras y recuperaciones.

En la historia de la historiografía se tramitaban en Romero juicios identificatorios, polos de consolidación de elecciones teóricas que provenían de fuentes múltiples, pero que en todo caso asilaban su lugar de argentino nuevo en una posición historiadora que lo ubicaba en una senda mucho más estable que la herencia familiar. Su identidad argentina no podía reposar en interioridad de la filiación o en el solo reconocimiento estatal. Él debía tramitar su pertenencia nacional, en un contexto familiar de extranjeros, entre quienes se encontraba su hermano mayor Francisco, de importancia capital en su desarrollo intelectual.[33] Así cernidos, sus trabajos dedicados a los historiadores que escribieron relatos históricos en el pasado fueron exámenes que bajo la pretensión de dar cuenta de la disciplina lubricaban procesos identificatorios a través de los cuales Romero buscaba, secretamente, hallarse a sí mismo, o lo que es equivalente dado el carácter básicamente ambiguo y excéntrico de toda subjetividad, construirse a través de la escritura. En los juicios historiográficos las identificaciones se sostenían en un sistema de transferencia que exigía una poderosa implicación personal.[34]

Es por esto poco sorprendente que en cada uno de los ámbitos históricos donde Romero asomó su interés, tradujera sus pulsiones historiadoras en una evaluación de los haberes de quienes lo precedieron en el oficio. Ese ejercicio excedía el establecimiento de "estados de la cuestión". Romero rastreaba las preguntas constituyentes de un campo de problemas. Se enfrentaba a los fundadores porque él mismo aspiraba instituirse como un creador de paradigmas históricos. Esa arrogancia fue, en parte, lo que posibilitó plantear preguntas ambiciosas, *filosóficas*.

Lograda su madurez intelectual, Romero dejó de leer los nuevos libros sobre los temas que investigaba, prescindió de estudiar las revistas especializadas para atisbar las recientes tendencias académicas. Se trataba de un gesto de autonomía en un campo donde se consideraba un maestro. Romero siempre confió en sus propias capacidades.[35] Creía poder ofrecer interpretaciones novedosas de sus temas porque poseía la convicción de que las cuestiones básicas de la experiencia de la vida histórica retornaban una y otra vez en distintos contextos.

La búsqueda de una coherencia teórica, metodológica y ética de la labor historiadora, era también el modo en que Romero abordaba la historia de la historiografía. En ella no se trataba de derivar de un sustrato cultural la expresión individual de la conciencia histórica, sino por el contrario de describir a través de una experiencia particular, personal, cómo una muy concreta configuración de la imaginación historiográfica era parte de la pertenencia social de un sujeto. Los historiadores analizados surgían en sus investigaciones como creadores de un sistema propio y singular frente a la aparente heterogeneidad de la vida histórica. Convencido de que su comprensión teórica del cambio podía dar cuenta del devenir complejo de la historia, Romero se abocó a evaluar las

aventuras culturales que fueron siempre para él, como quería de sí mismo según su perspectiva militante, modelos de acción e intervención en la realidad de cada época. Consciente de que esa tarea evaluadora delataba una pretensión pedagógica, la opinión de sí mismo que lo sostenía en su relativa marginalidad inicial lo llevó a esculpir en los perfiles de predecesores su propia fisonomía. Romero se identificaba con gestos y preferencias de autores como Bartolomé Mitre, Heródoto de Halicarnaso o Nicolás Maquiavelo, según los rasgos que le parecían apropiados para la imagen de sí que iba afirmando, y que estaba consolidada cuando arribó a la edad de 30 años. Antes y después de ese momento, el objeto individual para la reflexión sobre el pasado de la tarea historiográfica era un expediente, a la vez, de una encuesta por su propia identidad historiadora y por las razones para sostener una concepción historiográfica.

La historiografía argentina

A pesar de que sus primeros trabajos académicos estuvieron dedicados a la historia antigua, los dirigidos a diseñar una representación de la historiografía fueron dedicados a la Argentina.[36] No habría que exagerar la relevancia de la formación clásica exigida por sus estudios sobre la Antigüedad, pues si la concepción del ser humano como una totalidad, la aspiración a descubrir un sentido integral de las experiencias humanas, provenían en parte de sus estudios académicos, coagularon igualmente en un juicio de la historiografía argentina en sus tiempos fundacionales, en la segunda mitad del siglo XIX.

Sus escritos sobre Paul Groussac (1848-1929), Bartolomé Mitre (1821-1906) y Vicente Fidel López (1815-1903), revelan lo capital del asunto.

Lo que convoca de inmediato la atención en el artículo que un Romero de veinte años dedicó al recién fallecido Groussac, es que en ese 1929 la validez de su herencia estaba ya desde hace largo tiempo cuestionada por la historiografía profesional. Se entiende por qué entonces el número dedicado a su memoria pertenecía a la revista *Nosotros*, y no a una publicación del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires. Ricardo Levene y Diego Luis Molinari habían atacado al historiador de *Mendoza y Garay*, en ese movimiento tan propio de toda consagración generacional como es el parricidio (es también cierto que Groussac los había ninguneado primero al mofarse de las menudencias heurísticas en las que los primeros años de la Nueva Escuela justificó su legitimidad)[37]

En cambio, el artículo de Romero presentaba a un Groussac visto no solamente como un autor que

merecía ser evaluado o recordado, sino que permanecía vigente. Más aun, era vindicado con la beligerancia de un joven crítico que se consideraba discípulo del extinto. ¿En qué sentido lo recuperaba? En el desdén por el detallismo como nervio primordial de la labor historiadora. Romero empleaba a Groussac para denostar la reducción de la historiografía a un ejercicio erudito y fáctico.

Por esa misma razón es que remozaba también la convicción de que existía algo de lo humano que los documentos fracasaban en delatar. La virtud de la lectura y el esfuerzo de la recolección de materiales inéditos, jamás podrían bastar para acceder a una experiencia que los procedimientos heurísticos no agotaban[38] El análisis, diría más tarde, "no obra sino como juego del intelecto y mientras percibe lo que es susceptible de ser aislado deja escapar por entre la retícula de sus mallas el tono singular de las estructuras"[39] La determinación de los hechos de la realidad era insuficiente porque detrás de la pléyade de eventos se ocultaba una efectividad no visible.

En lo "humano" irreducible se presentaba una cuestión que iba a ser visitada en numerosas ocasiones: la relación entre el individuo y los grupos humanos. El tema iba de suyo en toda consideración de la obra historiográfica de Groussac, donde al menos desde los títulos –con excepción de su memoria histórica de Tucumán– eran los individuos los que emergían como agentes de la acción. Romero señalaba allí una distancia respecto a lo que entendía como una limitación para emprender una obra general sobre el Río de la Plata: "Groussac profesa sin quererlo el culto de los hombres, algo que podría ser una exageración, una singularización del culto por lo humano"[40] Cuando Romero reprochaba el culto de lo "humano" se refería a lo individual. La indicación sería adoptaba con todo rigor por Romero, dado que instalaba en su pensamiento la reflexión por lo masivo, por lo grupal, por lo serial.

La base romántica que desde tan temprano marcaba la comprensión de Romero concluyó en que tan crucial cuestión fuera vista en Groussac con ambigüedad. Sus héroes –Liniers, Garay, Diego de Alcorta– a pesar de todo se conducían por el "impulso vacilante" de potencias que iban más allá de lo que les fuera dado decidir. Convencido del lugar intransferible de cada experiencia individual, la justa comprensión de lo singular debía ser inscripto en situaciones sociales y culturales más amplias. Así pues, el aspecto liberal-ilustrado de Romero estaba así cruzado por una inestable reivindicación de lo individual en su jaqueo por condicionamientos permanentes[41]

En su segundo escrito sobre Groussac, de 1955, el elemento que lo guiaba en el análisis ya estaba claramente tensado hacia una confrontación entre élites y masas que no se hallaba en el texto de 1929. Había transcurrido, no en vano, un cuarto de siglo. Entonces, tras la experiencia del populismo peronista, el reparo al individualismo metodológico era ante todo un síntoma de las incógnitas que

acuciaban al crítico que un tema de Groussac[42] Porque si es cierto que el director de la Biblioteca Nacional de la Argentina, como partícipe de la llamada Generación del 80, mostró una sensibilidad por posicionar la cuestión de las masas en una mirada no sólo represiva, su probada sutileza parecía más apta para proponer reformas al interior de las élites que en todos los plexos de la sociedad.

Testigo del objeto extraño y no metabolizable que el peronismo había demostrado ser para el pensamiento elitista, se entiende por qué un Romero, profundamente preocupado por el fracaso de los grupos liberales para neutralizar el ascenso del populismo, ya no se dirigía tanto al gesto historiador de Groussac sino al que interesaba a la realidad política. En ambos casos, sin embargo, lo común era el deslizamiento de sus opciones y distancias a través de una prosa que sólo en apariencia era siempre aprobatoria.

Romero había dado por concluidos sus estudios de base sobre la antigüedad cuando escribió un ensayo sobre la obra histórica de Bartolomé Mitre. Redactado en 1943, el horizonte político de la época que atravesaba al texto evocaba nuevas exigencias, irreducibles a las académicas. La implicación subjetiva era manifiestamente más profunda que la legible en el ejercicio juvenil sobre Groussac. Si ello era, puede decirse, una necesidad tratándose de un B. Mitre unánimemente reconocido como fundador de la historiografía argentina, Romero elegía de todos modos subrayar este aspecto, que era uno de los cuales obtenía esos beneficios identificatorios como característicos de su historia de la historiografía. No solamente por la circunstancia crucial de la guerra mundial que apremiaba a una toma concreta de partido, sino también porque *La Nación* (la editora del folleto de Romero) estaba inscripta en el arco liberal-democrático del cual el autor, como socialista, se reconocía integrante.

En el acometer de una evaluación identificante, Mitre aparecía concentrado en un nítido nudo de pensamiento y acción. "Su pensamiento conducirá su acción –aseguraba Romero–, y, como en su héroe predilecto, una sola idea condensará su vida"[43] Para salvar la división que siempre amenaza a todo sujeto, Romero buscaba construir esa idea como puente de comunicación instituyente de sentido a la historiografía y a la política. En su lenguaje que hacía de la conciencia histórica el suelo del pensamiento político, sostenía sobre Mitre que "la historia se hizo en él conciencia histórica, firme y segura". El título de la monografía delataba su movimiento argumentativo: Mitre era un historiador *frente al destino nacional*, y no tanto respecto al pasado. Entre historiografía y política se establecía un círculo de enriquecimiento, una distinción funcional pero también una reciprocidad entre creación historiográfica y proyección política, que forzosamente debía sustituir la preeminencia de uno de los componentes por una dialéctica totalizante donde la diferencia radical amenazaba su productividad y virtud.

Romero atisbó cuánta perplejidad podía generar esta dialéctica entre historiografía y política, y buscó suturar la brecha mediante la postulación de una "tendencia espontánea" a la correlación entre crisis y movilización de la conciencia histórica[44] antes que justificar más pormenorizadamente la capacidad práctica de la historiografía para orientar los comportamientos.

Mitre invocaba soluciones narrativas y políticas para un período crítico, inclinado a propalar en una narración pedagógica a la vez que exacta aquello que los documentos podían brindar.

Mitre poseía, así, una filosofía de la historia como el continente de su erudición. La legitimidad de una filosofía de la historia no eliminaba la reivindicación –a través de Mitre– del carácter básicamente inductivo del saber histórico, el único que parecía capacitado para comprender la irreducible complejidad de lo histórico y la "interacción de los elementos reales e ideales que subyacen en él".

En una inequívoca identificación con las posiciones a adoptar en la lucha antifascista, Romero recortaba en la obra de Mitre su interés por la eficacia de las ideas en la producción de lo social. La posesión de ideales estructurados por las minorías progresivas acreditaba su capacidad directiva frente a las masas que aparecían como inorgánicamente democráticas. Esas ideas, para imponerse eficazmente, debían encastrar en el orden de la realidad. Romero sancionaba positivamente el modo en que el autor de la *Historia de Belgrano* concebía el surgimiento de las ideologías revolucionarias, como profundamente arraigadas en transformaciones sociales y económicas[45]

También aprobaba el aprendizaje sarmientino de Mitre en su comprensión de la activación del mundo rural luego de 1810. En cualquier caso, criticaba que no fuera más consecuente en extraer las derivaciones que esa inteligencia suponía para el porteñismo que lo movía. La defensa que Mitre hizo del derecho y la necesidad de que Buenos Aires fuera el núcleo conductor de la nueva nación lo cegaba –según Romero– para observar cuánta responsabilidad le cabía a la facción a que pertenecía en la gestación de un enfrentamiento indeseado con el resto de las provincias.

El reparo de Romero era crucial para su propia concepción de la vida social. Es que Mitre, de acuerdo al analista, aceptando las disposiciones democráticas de las masas rurales, "pospone ese valor positivo a lo que significaba su actitud antiprogresista para la construcción del país"[46] Con ello se privaba de intervenir sobre los impulsos reaccionarios que esas masas podían consentir, bajo la hegemonía caudillista, y así se condenaba a persistir –Romero no lo decía– en la clausura para la comprensión de la "tercera entidad" que refería Sarmiento en el *Facundo*, es decir, de esa fuerza nueva aparecida luego de 1810 que no era ni patriota ni realista.

Antes que agotar su examen de Mitre en la pura identificación o en el ejercicio hagiográfico que podía esperarse de su publicación por *La Nación*, el examen de Romero construía su sentido capital al señalar que la ingente obra de la Generación del 37, el de la "segunda Argentina", quedó *inconcluso*. En la "tercera Argentina", la contemporánea, se hizo evidente que solazarse en la autoridad de dicha Generación acusaba una "inconciencia histórica". Por eso, destacaba, "la hora es ya llegada de que realicemos un nuevo ajuste entre el pasado y el futuro, como Mitre lo hizo, para descubrir cuáles son los deberes que nos impone la continuidad del destino común"[47]

Porque esa Argentina ya no era la de Mitre, porque la "tercera Argentina" había errado en su apaciguamiento confiado en las glorias pretéritas, lo que persistía del "programa inconcluso" de la Generación del 37 era la operación de interrogación del pasado y no tanto la validez de sus posiciones concretas. Lo que la alusión a la incompletitud del programa dejaba abierto para predicar la vigencia de Mitre era conmovida por la persistencia del gesto historiador, con el cual también había señalado sus disidencias. Éstas eran sin duda muy parciales en una prosa que, como en el caso de Groussac, manifestaba una admiración indiscutible. Pero el reparo era capital, si lo leemos en el contexto intelectual y político donde "la rebelión de las masas" contenía la clave del presente y del futuro. Inspirador, incluso el Mitre que veía a 1820 como una "revolución social" podría ser ejemplar[48] En definitiva, Romero se apartaba de Mitre por las mismas razones que lo distanciaron de la Nueva Escuela Histórica, del revisionismo nacionalista, y de Taborda: todos auscultaban la nación en el pasado, cuando el desafío consistía en transformar a la Argentina inmigratoria en una sociedad progresista. Contemporáneamente al texto recién analizado, Romero publicó una introducción a la reedición del libro que Vicente Fidel López escribió en su exilio chileno: *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos han contribuido a la civilización de la humanidad* (1843). Más conciso y acotado que el dedicado a Mitre, este ensayo no es menos importante, pues el estudio de López habilitaba pensar una "historia universal" en una historiografía marcadamente restringida al espacio rioplatense.

Una indicación destinada a rendir cuenta de las aspiraciones de López es aquí clave: "No ha habido entre nosotros", señalaba Romero, "un foco o una etapa de rigurosa formación clásica (...) que creara una sólida tradición sobre cuya base se asentaran los estudios de los problemas de la historia general.[49] Señalaba un problema, porque esa fue una de las fuentes de las que se nutrió la aspiración romeriana a continuar, con otros supuestos, un programa de "historia universal". En efecto, la formación clásica sensibilizó sus intereses históricos para explicar el surgimiento y declive de las culturas, las modalidades de sus encuentros, conflictos e hibridaciones, cuestiones que no se manifestaban en primer plano en la historiografía argentina, pero que era fundamental en otras historiografías latinoamericanas.

Sin embargo, Romero no simpatizaba con el modo en que López articulaba su aspiración histórico-filosófica. En la dialéctica entre el "libre albedrío" y el "instinto de perfectibilidad" de los seres humanos, López construía el horizonte de su filosofía de la historia y también de allí derivaba su frugal predisposición a la tarea heurística. Una elección que explicaba su distancia, pues Romero jamás abandonó la pretensión de conciliar la búsqueda de una clave de la vida histórica con la atención a lo particular que exigía, en su mirada, la interpretación honesta de los documentos. La aspiración de López fue traducida en la empresa de una historia de Occidente que superara las limitaciones de la restricción a una historia nacional artificiosa que dominaba en la producción historiadora en la Argentina[50] Pues la especificidad de Romero en la historiografía argentina fue la de desplazar el marco nacional como objeto indiscutido de la investigación, incluso si nunca perdió de vista los problemas nacionales. Estos fueron los textos preparados por Romero para dar cuenta de la historiografía en la Argentina. En verdad, Groussac, López y Mitre no fueron solamente figuras a las que debía un relevamiento. Verdaderos artífices de la historiografía científica "moderna" en el borde sur de América, los tres autores fueron el pasado contra el cual se debía recortar toda operación de justificación de una propuesta alternativa. Los aciertos de aquellos historiadores fueron precisamente los que sirvieron a Romero para delimitar su peculiaridad y diferencia respecto a una tendencia erudita en la historia profesional en la Argentina. Empleaba a Mitre, López y Groussac para desautorizar a aquellos que a su vez habían lidiado con los tres para solventar sus posiciones.

En efecto, al recuperar la vigencia de esos autores "clásicos" para pensar la operación historiadora que exigían los tiempos contemporáneos, Romero sugería que los historiadores posteriores poco o nada tenían que ofrecer en recambio de las grandes obras de la segunda mitad del siglo XIX y los inicios del siglo XX. Con ese sólo expediente, reducía las estrategias institucionales, compiladoras y profesorales de la Nueva Escuela Histórica al mero saber.

Era, finalmente, en el diálogo imaginario con López, Groussac y Mitre donde buscaba instituirse como interlocutor. En una buena medida se presentaba como un continuador crítico de sus herencias, y al mismo tiempo como un superador que podía ir más allá de sus limitaciones teóricas y conceptuales al inscribir la historia argentina en la universal.

La frustración de Maquiavelo

El reparo señalado a V. F. López respecto al peligro de la supremacía inmoderada de los principios metafísicos sobre la atención a la particularidad histórica coincidía con el ambiguo resultado del estudio dedicado en esos mismos años a Nicolás Maquiavelo.

Bajo el mismo gesto inicial, Romero describía a Maquiavelo como un escritor de historias en un contexto de cambio, en una era crítica. De esta experiencia de la crisis, Romero adoptaba una significación para el autor de *El príncipe* que ha hecho época en la historiografía de los siglos XIX y XX: su carácter representativo.

En contraste con el "medio virtuoso" entre ideología y pretensión de verdad que hallaba en Mitre, Maquiavelo era reo de la primacía de las exigencias de la práctica política sobre sus concepciones históricas[51]

La matriz interpretativa activada por Romero se expresaba en el reclamo de coherencia, del encastre maquiaveliano entre historia, pensamiento político y literatura. Estudiaba a Maquiavelo según los tres patrones que había empleado en Groussac y que una década más tarde aplicaría a Heródoto: por su concepción de la vida histórica y el patrón del cambio histórico, por su atención a la particularidad y finalmente, por su entendimiento del trabajo heurístico.

Reconstruía la antropología maquiaveliana, que caracterizaba como "terrenal", es decir, ya inscripta en el nuevo orden donde el mundo burgués avanzaba sobre el feudal. La inclinación de Maquiavelo a enfatizar los aspectos egoístas y de dominio aparecía como el núcleo de su visión de la vida histórica, dado el papel asignado a los individuos.

Cuando el análisis enfocaba la inteligencia del cambio histórico que proponía el escritor de las *Historias florentinas*, Romero entornaba un tema más pertinente para destacar sus propias preferencias. En efecto, lo que señalaba allí era la preeminencia de lo político para comprender primero las peripecias de la lucha de facciones urbanas, las disputas entre el Papado y el Imperio, y finalmente como clave de toda modificación de la vida social. Para designar críticamente las inclinaciones de Maquiavelo, Romero evaluaba estas preferencias como "sobreestimaciones", repitiendo el lenguaje empleado para señalar sus distancias con Mitre[52]

Las concepciones que habrían enturbiado la comprensión histórica de Maquiavelo apuntaban a un aspecto crucial en los intereses de Romero, en ese momento en que abandonaba su investigación sobre las facciones y el Estado en la Antigüedad, pues definía la relevancia que la formación estatal poseerá en sus narraciones históricas. Si en Maquiavelo la acción del Estado subordinaba cualquier eficacia de lo económico, el rasgo político-institucionalista iba a ser de allí en más relegado en las investigaciones de Romero por lo menos hasta la revalorización que se encuentra en una obra tardía como la póstuma *Crisis y orden el mundo feudoburgués*[53]

Pero no todo era lejanía. Maquiavelo destacaba su sagacidad de historiador cuando reconocía en la pura voluntad de dominio un efecto nocivo, creador de crisis política y demagogia. Este reconocimiento se detenía, con todo, muy pronto, cuando se revelaba que la solución para rearticular lo social no provenía sino de la capacidad de un hombre sólo, que resultaba del desglose de las élites. El héroe maquiaveliano se vinculaba con las "masas" únicamente como el dominador en beneficio de la nación italiana.

Si el poder del individuo privilegiado por sus dones constituía el tejido del cambio histórico, de la preeminencia de lo político Romero extraía una nueva objeción para la historiografía, que en verdad no era nueva (ni siquiera era exclusiva de Maquiavelo, pues pertenecía al sentido común renacentista) y que vuelve a nombrarse con un significante conocido: "Este intento llevó, poco a poco y, a veces, más implícita que explícitamente, a una sobreestimación del papel del individuo"[54] En esta objeción descansaba una diferencia con el antihistoricismo de Maquiavelo, que había sido indicado por Max Horkheimer[55] La existencia de una vida histórica no justificaba una antropología atemporal, pues las similitudes situacionales no autorizaban, para Romero, las *constantes* sobre las que descansaba la imaginación histórica maquiaveliana.

La eficacia de las convicciones políticas fundamentaba una nueva disidencia de Romero: el anacronismo ocasionado por preferencias estratégicas. Mientras la necesidad política maniatara al conocimiento histórico, la capacidad comprensiva de la historiografía no podía evitar sufrir un grave perjuicio. Evidenciaba que trasladar la toma de partido al pasado era un "falso punto de partida"[56]

No se le escapaba al crítico que un reparo similar se le podría endosar también a él, pero se prevenía de cometer un anacronismo equivalente al ubicar el enfoque maquiaveliano en su contexto, anterior a la conformación "científica" de la historiografía: "Pero no se vea en este destino que él atribuye al saber histórico una subalternización de la ciencia histórica sino, por el contrario, su dignificación suprema de saber por excelencia; si la vida histórica es para él, por sobre todo, vida política, su normativa política es un saber para la vida misma; la experiencia histórica no es, pues, una mera técnica al servicio de una actividad entre otras posibles, sino que es experiencia vital, que encierra todas las dimensiones de la vida, cristalizadas en este plano superior y específicamente humano que es el plano político"[57] Se entiende entonces que Maquiavelo fuera reivindicado como un político capaz y riguroso, pero por eso mismo destituido en su condición de historiador, donde Romero lo calificaba de "frustrado".

En el examen de Maquiavelo como historiador vemos emerger los trazos de una predilección conceptual que tendría amplia vigencia en la obra histórica de Romero. Del fracaso de aquél

derivaba la importancia de emplear una perspectiva no monista de la historia medieval, donde lo político fuera parte de una estrategia pluralista de explicación, donde la elusión de la preeminencia de un aspecto de la realidad constituyera el núcleo de una teoría de la vida histórica con predilección por la contingencia y la complejidad.

Si el fracaso de Maquiavelo se fundamentaba en el desbalance entre sagacidad política e historiográfica, se sobreentiende cuál era la lección que se aprendía en el tropiezo del florentino: que quien aspirara a una equilibrada concepción historiográfica debía poseer una adecuada inteligencia de la vida histórica. El conocimiento histórico, que sufría de su sujeción absoluta a las necesidades de la política inmediata, debía sin embargo alimentar la voluntad y la acción estratégicas para lograr una armonía y una eficacia similar en ambos terrenos que parecían tan inseparables como conflictivamente vinculados.

Los agregados al prólogo a la edición de 1970 del pequeño volumen de 1943, muestran un cambio en el enfoque que Romero pretendía aplicar a la comprensión de Maquiavelo. Si es cierto que las transformaciones sociales, políticas y económicas caracterizaban el ámbito de la acción donde aquel hallaba su contexto, en el escrito original la representatividad de Maquiavelo respecto a su época era un dato de partida[58] Un cuarto de siglo más tarde, avanzado en su desarrollo intelectual y fundamentalmente en otra situación cultural, Romero prefería implicar sus peculiaridades en el devenir de la "mentalidad burguesa" que condicionaba su reflexión pues, aclaraba, "cualquiera sea la originalidad del pensador florentino, el trasfondo de su pensamiento se ordena dentro del cuadro de esa forma de mentalidad que la burguesía elaboraba sordamente, y de la que él tomó clara conciencia poniendo a la luz sus primeros principios y sus últimas consecuencias". El cambio era muy significativo, y obedecía a un proyecto ya muy diverso a aquel de *Maquiavelo historiador*. En éste, Romero aun estaba construyendo sus perspectivas. En 1970, consideraba su mirada suficientemente elaborada y concretada, de modo que el lugar individual necesario para la identificación, era prescindible. Entonces vio en su pureza que la explicación de la concepción historiográfica de Maquiavelo en 1943 permanecía dentro de una percepción intencionalista de la práctica política.

Las enseñanzas clásicas

Producto tardío de su admiración por el mundo antiguo, el libro de Romero dedicado a la historiografía griega perfilaba en 1952 un balance respecto a la tradición clásica, que tuvo gran relevancia en su desarrollo intelectual.

En la "Introducción" a *De Heródoto a Polibio*, Romero retomaba ya conocidas afirmaciones sobre la historia de la historiografía, y la complejidad de la vida histórica, pero allí establecía una advertencia contra la tentación de asignar a una determinada imaginación histórica la "representatividad" de la mentalidad de una época. Acabamos de observar en el caso de Maquiavelo, que Romero cedió a dicha inclinación. Pues, una concepción historiográfica – prevenía Romero– coexiste con otras y en todo momento, si puede reconocerse una dominante, hay otras subordinadas, y todas ellas configuran un sistema heterogéneo con relaciones e influencias[59] Más aun, esa desavenencia de concepciones historiográficas puede ser constitutiva de la obra de un historiador, y así dividir su lugar de sujeto-historiador. "Piénsese en Herodóto, en Tácito", decía Romero, para precisar luego: "Cualquiera de sus obras es de por sí todo un mundo de pensamiento. Si para el análisis historiográfico ha de buscarse en ellas principalmente la concepción de la vida histórica que revelan, es necesario y posible, además, tener presente que bien puede ocurrir que no sean resultado directo y preciso de una concepción pura, sino acaso el fruto de una variante personal o quizá de una sutil y original combinación de varias"[60] Esta comprensión totalizante de la coherencia teórica como previa al buen trabajo histórico, vista en Groussac, Mitre, López y Maquiavelo, era sugestivamente cuestionada, pues, en su estudio sobre los historiadores griegos. En la época clásica, sin embargo, la búsqueda de un ideal pervivía a través de dos conceptos: el de personalidad y el de la genialidad literaria que distinguirían a todo historiador destacable.

De acuerdo a Romero, la historiografía surgió con la terrenalización de las narraciones míticas, de las leyendas que no distinguían entre un mundo humano y otro donde actuaban fuerzas superiores. La logografía realizó este tránsito, fundamentalmente por razones prácticas, pues en las ciudades griegas, en el curso de los siglos VIII y VI, el cambio social y económico reveló comportamientos y agentes cuyo conocimiento fue propio de los nuevos tiempos. Este precedente de la historia, como lo fue antes la poesía homérica y luego lo sería la misma logografía para la historia, obedecía a necesidades concretas de su tiempo. Otra vez, crisis e historiografía hacían sistema.

A ello Romero sumaba el impacto cultural que implicó el contacto con nuevas culturas, entre las cuales tuvo un rol clave el forzado por el avance persa. El choque produjo una conmoción en los supuestos ciegos en los que se asentaba la concepción de la vida y exigió el desarrollo de lo que denominó un "espíritu crítico", es decir, una relativización parcial de la naturalidad de las costumbres propias. Fue a través de la diferenciación que los ideales clásicos adquirieron su consistencia y poder de identificación para los diversos grupos humanos que a partir de entonces fueron más nítidamente "griegos". Fue por eso al mismo tiempo un freno para la "hibridación" entre las diversas líneas culturales de un conjunto de pueblos hegemonizados por un conquistador, que derivó en un privilegio del *logos* sobre el *pathos*, y en la aspiración a la explicación racional de la realidad. Esta inclinación por la razón no iba a destituir del todo el componente mítico, pero sin duda coadyuvó a

conformar el ideal de objetividad del conocimiento que se afirmaba cuando en el año 485, Heródoto nació en Halicarnaso.

Testigo de la vida ateniense, Herodóto experimentó el choque cultural con Oriente y por ello –según Romero– su obra se concretó en una "historia de la cultura". Se entiende el interés por destacar esta variable en la construcción de la historiografía griega: en 1952 Romero ya estaba definidamente convencido de que la historia de la cultura podía ofrecer una perspectiva valida para la labor historiadora. Eso que buscó legitimar a través de la revista *Imago Mundi*, fue también el rasero por medio del cual recortó su evaluación del nuevo campo de conocimiento.

"He aquí", decía, "por qué conviene volver cada cierto tiempo a Heródoto.[61] No se le escapaba a Romero que los eventos políticos eran largamente recorridos por la prosa del historiador griego, pero subrayaba que lo político era en él mucho más que un sector de la realidad histórica, para convertirse en una concepción de la vida. Si esto de algún modo se entroncaba con lo que años atrás había dicho de Maquiavelo, su juicio no podía ser negativo. He recordado la relevancia que, según Romero, tuvo en Heródoto la experiencia de saber que un mundo distinto existía allende los mares. El asunto capital radicaba en que los "contactos de cultura", el reconocimiento del problema real que implicaba la coexistencia de al menos dos culturas muy diferentes, constituían el horizonte general para un Heródoto que hallaba en el duelo entre griegos y bárbaros la bóveda hacia la que se dirigía su relato histórico[62] Había comprendido la significación de la diferencia cultural, que era aun más profunda que la enemistad políticamente manifiesta.

Romero rescataba la falta de una parcialidad inmaculada, que propinó a Heródoto la posibilidad de ser acusado de filobárbaro, pero que en realidad daba cuenta de una sensibilidad para entender la tensión de la distancia cultural. "De hecho", aseguraba, "la oposición de dos culturas constituye el substrato de toda la explicación que Heródoto proporciona acerca de la guerra entre griegos y persas: dos culturas no demasiado lejanas en sus orígenes, pero alejadas a medida que cada una perfilaba más resueltamente su personalidad"[63] Junto a la apreciación de la relevancia de las culturas, un cierto relativismo que no desmentía su preferencia por los ideales atenienses lo convertiría en un historiador sutil, porque no solamente entonces debía recurrir a explicaciones desprovistas de referencias no terrenas, sino que también lo inclinaba a la aspiración de una mínima objetividad.

En el reconocimiento realizado a Heródoto, Romero recortaba bien una mirada que era muy suya. Claramente desde *Las ideas políticas en Argentina*, de 1946, aunque más genéricamente desde 1930, el enfrentamiento entre dos grandes conjuntos culturales, irreductibles y no del todo

comunicables, sería el marco desde el cual iba a intentar comprender los conflictos ideológicos y políticos. En sus estudios medievalistas y en su extensión hacia la historia latinoamericana, esa impronta iba a persistir, aunque adquiriría nuevos matices (por ejemplo, las formas transaccionales entre caracteres heterogéneos). Los "contactos de cultura" serían un problema real en su búsqueda de una teoría del cambio histórico. En su epistemología de la vida histórica y en su aspiración a que la conciencia histórica ofreciera los presupuestos de la acción, la implicación que Heródoto develaba como historiador de la cultura construía una definida imagen de identificación.

La representación que realizaba de Tucídides servía para recortar por contraste unos caracteres inversos. Aunque su labor no fuera menos importante, la censura de Romero provenía de dos rasgos que hemos visto en el examen de textos previos. Y es que Tucídides era estimado por Romero como menos comprometido con el sentido vital movilizado por su escritura, algo que sin decirlo concretamente lo remitía al ideal empirista y puramente descriptivo, sin esa comprensión de la peculiaridad histórica propiciada por la cultura. En cambio, Tucídides descubría en el Estado la instancia de coherencia de los caracteres distintivos de los pueblos. "El Estado así concebido es, finalmente, todo"[64] El conflicto entre los Estados expresaba mucho más que un enfrentamiento político. Siguiendo con algunas modificaciones la enseñanza de Heródoto, el Estado era también el representante de una concepción cultural.

Muy otra era la presentación que seguía de la historia gobernada por la sofística, que en sus figuras destacadas de Isócrates o Jenofonte, no logró crear obras como las de sus predecesores, lo que Romero explicaba por el inicio de la crisis de la *polis*y el abandono del rigor intelectual. Aun en la intervención de Polibio, al cerrarse la curva del apogeo griego y helénico, la búsqueda de fundamentar luego de esa experiencia una "filosofía de la historia" no podía ir lejos porque éste se acercaba más a Tucídides que a Heródoto, y de la experiencia de la supremacía romana extraía nuevamente la conclusión del carácter nuclear de la política. Los esfuerzos innegables de Polibio estaban también limitados por la debacle de la cultura que lo había formado y por la proyección de aquella otra que lo acogía.

Terminaba entonces un ciclo que incluía a la historia y a la vida cultural, pues la disciplina historiográfica fue un producto de las alternativas mismas de las ciudades griegas, y de Atenas -la primera de todas. Más alejado de sus modelos inmediatos de identificación, sin embargo en *De Heródoto a Polibio* se hallaba una marca que justifica ponderar la relevancia de la formación clásica de Romero para comprender el linaje de su concepción historiográfica.

En efecto, en su mismo nacimiento en Occidente, la historiografía esbozaba su gesto de responder a un desasosiego por la distancia cultural, que era un momento crítico, donde el pasado era

convocado para arrojar luz sobre una situación inédita y plena de incógnitas en las que se decidía la estructura misma de lo que era la realidad. La historia fue una respuesta a la relatividad surgida del encuentro con fuerzas extrañas, tanto en Heródoto, como en un Polibio que debía entroncar el pasado griego a una narración en la que el horizonte factual comenzaba a estar hegemonizado por un pueblo diferente. Romero conservó siempre esa faz de urgencia de la historia para la realidad. Mantuvo, también, esa exigencia que veía en sus antecesores mediterráneos, a saber, que los dilemas culturales afectaban al cogollo más íntimo de la experiencia social.

Coda

La suficiencia intelectual que marcaba el paso con el que Romero se conducía a través del enjambre de las propuestas historiográficas del pasado y de su presente, derivaba de convicciones prontamente asentadas. Esto no significa que haya elegido temas y problemas gracias a un "proyecto" definido e inscripto en algún pliegue de su interioridad. Freud enseñó que la construcción del yo deriva de una superposición de procesos identificatorios, y Romero tuvo los suyos. Aquí he recorrido algunos de los concernientes a la historia de la historiografía, mostrando esos procedimientos de evaluación que al mismo tiempo que decían cómo se espejaban sus propias elecciones entre los historiadores del pasado, los incorporaba a su deriva intelectual.

Muy tempranamente, en verdad antes de que los caminos de su actividad historiadora fructificaran en obras "empíricas", con la tramitación de la figura de Groussac intervino como un partícipe en la disputa por el sentido de la historiografía. En la elección del antiguo director de la Biblioteca Nacional estaba inscripta la construcción de su singularidad, pues identificarse con aquél, combatido en varios frentes por los mucho más jóvenes y no hace tanto arribados miembros de la Nueva Escuela Histórica, significaba necesariamente reivindicar un patrimonio que desde el principio debía ser singular.

Qué duda cabe del lugar específico a que lo destinaba su interés por la historia antigua y luego la medieval en el contexto argentino. En todo caso, en la evaluación de una prosapia, se imprimía el siempre ambivalente legado que aparentaba recibir con beneplácito y admiración. Sus estimaciones historiográficas eran también prácticas parricidas, como ciertamente lo es – otra vez según Freud– todo movimiento identificatorio. Lo eran particularmente en lo concerniente a la historiografía argentina, como lo demuestra un delicioso artículo de 1947 donde se preguntaba sobre su modelo de historiador. Contaba entonces que luego de visitar a un amigo filósofo que le había señalado un hermoso retrato de Pascal como su ideal, él había regresado a su hogar inquieto porque acababa de comprender que él no se había preocupado por construir una imagen de historiador ejemplar. "¡Mi

arquetipo de historiador!", exclamaba. "Sentado frente a la biblioteca, he hecho desfilar ante mí, en una especie de privadísimo Juicio Final, multitud de figuras de próceres de la ciencia histórica desde Heródoto hasta nuestros días; han pasado y vuelto a pasar, sin que pudiera decidirme del todo". Luego de pulsar las virtudes de Homero, W. Scott, Voltaire, Aulo Gelio, y Ranke, se decidía, con reticencias, por J. Michelet[65]

Si no se entusiasmaba con el ejercicio selectivo, era porque el historiador que comprendía la trama invisible de la realidad sólo raramente coincidía con el severo investigador de archivo.

"Suele haberlo –decía sobre el talento historiador– en la vieja nodriza que exalta la fantasía del niño, o en el pintor, o en el político, o en el predicador, y muchas veces en el poeta"[66] Por eso Romero no se entregaba del todo en sus escritos sobre historia de la historiografía. Quedaba a medio camino, con una comedida aprobación por los geniales intérpretes y con un gesto adusto hacia los eruditos, en un juego transaccional donde Romero definió, entre encomios y advertencias, un camino irreducible y propio.

Capítulo 2

Tribulaciones de un historiador socialista

Las interpretaciones corrientes subrayan la crucial relevancia de José Luis Romero en el desarrollo de la historia social posterior a 1958, sus intereses por la historia de la cultura y sus investigaciones medievalistas. En ningún caso el desvelo cívico en Romero ha sido estipulado como incompatible con aquellas preocupaciones. No obstante, esas recordaciones insistieron superficialmente sobre la identificación *socialista* que marcó tramos decisivos de su pensamiento histórico y de su acción política. En este capítulo examinaré una militancia que, antes que obstáculo para la obra historiadora, fue su estímulo y condición de posibilidad.

El sentido de la lectura que propongo hace que la tensión política en sentido amplio inscriba a Romero en una tradición historiográfica socialista reconocible entre las prácticas historiadoras en la Argentina del siglo XX[67]

La argumentación se desarrollará en dos partes. La primera reconstruirá los trazos elementales de

la actuación política de Romero en cuanto militante y dirigente en el socialismo argentino. Como una experiencia ligada a su compromiso político también se verán las tensiones de su actuación en el decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. La segunda parte seguirá las modulaciones –irreductibles a una identidad socialista incontestable, pero inseparables de ella– en las que se plasmó su obra ensayística e histórica.

Itinerarios socialistas

Por relaciones familiares e intelectuales, la formación intelectual de José Luis Romero estuvo asociada a una idea de socialismo como visión progresiva de la realidad comunicable con el liberalismo político. La adscripción al Partido que en la Argentina se reclamaba como el único poseedor de *ideas políticas* estaba en consonancia con la defensa de una representación liberal de la realidad que se veía como la única respuesta deseable frente a una derechización de las sensibilidades.

La relación de Romero con el socialismo data de 1928, cuando en contraste con su hermano Francisco (votante de H. Yrigoyen), eligió apoyar la candidatura de Mario Bravo a la presidencia de la república. Más tarde recordaría que adoptó esa decisión por una convicción "profunda y arraigada" que nunca abandonaría.

Muchos de quienes serían los profesores de Romero en la Universidad de La Plata, o de quienes participaban en los círculos de sociabilidad que conocía a través de Francisco, habían resuelto ingresar al Partido Socialista hacia 1931, en la perspectiva de identificarse con el progresismo. Procuraban oponerse a una tendencia peligrosa desatada luego de una caída del gobierno radical que no pocos habían acogido con beneplácito[68] Alejandro Korn, Deodoro Roca, Julio V. González y Carlos Sánchez Viamonte, entre otros, habían abrazado la determinación de integrarse al Partido Socialista (PS) como una tarea de la hora. Cada individuo tuvo sus razones particulares para adoptar la decisión y los matices (generacionales e ideológicos) deberían tener cabida en la valoración de cada afiliación. Lo que reunía a todos era, sin embargo, la convicción compartida de que el PS era el último reducto virtuoso para combatir, intelectual u organizativamente, una realidad experimentada como amenazante. Esa imagen persistiría cuando Romero tomara la misma decisión, en 1945.

El joven Romero no ingresó al PS sino que prestó su apoyo a la Alianza Civil que promovió en La Plata la fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto en los comicios de 1931. Sus primeras colaboraciones en publicaciones periódicas, anteriores a la revolución de setiembre, incluyeron sobre todo reseñas y un importante texto sobre Paul Groussac en *Nosotros*, que integraba también

el arco progresista de la intelectualidad en la Argentina[69] El primer lustro de la década de 1930 fue dedicado al seguimiento de sus estudios universitarios en la carrera de historia de la Universidad de La Plata.

El posicionamiento en el espectro político que compartían no sin tensiones el liberalismo político y las izquierdas se vería exigido por la inminencia de la Guerra Civil Española que ensombreció el panorama europeo. Romero observó los prolegómenos de la catástrofe en su extenso viaje, realizado entre 1935 y 1936, junto a su esposa Teresa Basso[70]

En realidad, las primeras posturas ideológicas de Romero que se pueden establecer con firmeza en referencia a las alternativas políticas conciernen a una crítica de la burguesía y de la cultura burguesa, que expresó en una conferencia de 1936 sobre "la formación histórica", pronunciada en la Universidad del Litoral.

Inspirado en Georg Simmel y particularmente en los escritos de Franz Werfel, el joven Romero insistía sobre la relevancia de la conciencia histórica para comprender los desafíos de la crisis contemporánea. Ya entonces dominaba la bibliografía que lo acompañaría hasta el final de su vida para interpretar el horizonte dramático abierto en 1914 como deriva de la sociedad fundada por la irrupción de las masas en el 1848 europeo. En efecto, Paul Valéry, J. Ortega y Gasset, H. Keyserling y W. Frank, constituían la biblioteca de un observatorio que sería también aquel del crucial volumen de 1948 que comentaré más adelante.

En su texto de 1936 Romero empleaba la matriz morfológica para señalar que, como estructura, el capitalismo era sólo una cáscara inerte que se sobreponía a la creación de nuevas formas. La ética capitalista, la búsqueda interminable del acrecentamiento del dinero era para Romero –sin ninguna inspiración freudiana– el signo de una "torpe exacerbación de la sensualidad" cuyo mayor peligro era su capacidad de cautivar y someter a su ley al "espíritu"[71]

El espíritu, decía Romero siguiendo a Werfel, era el último reducto que la caduca estructura capitalista burguesa sitiaba en su avance parasitario. Era cierto, sin embargo, que había otra mirada que pretendía acabar con el capitalismo y cuya presencia no podía ser eludida: la inaugurada por K. Marx.

Romero consideraba que la perspectiva de Marx erraba por su reducción de la revolución contemporánea a un modelo del pasado. Según el crítico, Marx había pensado la revolución social

bajo el molde de la transformación del orden feudal, donde la necesidad material condujo al cambio. De allí la prognosis marxiana de que el capitalismo crearía un inevitable empobrecimiento de las grandes masas como prólogo a la revolución mundial. Esa previsión no se había verificado del todo. Pero el reparo fundamental residía en que de acuerdo a Romero las voluntades de innovación obedecían a una lógica muy distinta a la necesidad. Si en el pasado las revoluciones se nutrieron de la huida individual de quienes carentes de privilegios intentaron modificar sus situaciones, quien quisiera pensar en la revolución del siglo XX debía comprender que la sociedad no se alteraría a través de nuevos privilegios, sino que se trataba de suscitar adhesiones firmes a nuevos ideales éticos. El diagnóstico y la prognosis determinista que Romero leía en Marx eran juzgados inadecuados.

Al no investigar la faz ética de la revolución, la vía de Marx delataba otro problema. La acción en favor de la clase obrera conducía a que por la expansión de la justicia social, el incremento del consumo no engendrara sino una multiplicación de los hábitos burgueses. La justicia social, sin un suplemento espiritual, laboraba para que "todo hombre pueda ser un burgués".

La revolución espiritual implicaba una intransigencia respecto a los valores capitalistas y burgueses, por lo que no había que temer que el conferencista propiciara una componenda con la sociedad vigente. En este escrito Romero no pensaba en espiritualizar al capitalismo. En buena vena morfológica, la sequedad yerta del capitalismo debía ser resquebrajada por la confluencia de las exigencias de la justicia social y las creaciones del espíritu. Era allí donde la comprensión de la historia podía contribuir a arrojar luz sobre procesos de larga duración. El historiador sería, aunque Romero no enunciara esta conclusión que iba de suyo, un miembro eminente de las élites que deberían guiar la superación del mundo burgués. En este punto es donde se advierte una convicción que no iba a ser modificada por las variaciones de los hechos que conformarían su vida: el elitismo progresista ya estaba por entonces firmemente establecido. La ubicación socialista de Romero encuadraba en el liberalismo en la medida en que aceptaba la esencia de la crítica de B. Constant a J.-J. Rousseau: la "soberanía del pueblo" conducía a la dictadura. Pero es preciso matizar ese elitismo con dos enmiendas. La primera es que el elitismo debe ser distinguido cuidadosamente de una justificación de la desigualdad inevitable porque el progreso social reduciría al mínimo la divergencia social respecto a las masas[72] La segunda indicación es que Romero pensaba en términos de la "libertad de los antiguos", esto es, en la conformación de una comunidad política activa y participativa.

Durante la segunda mitad de la década de 1930 Romero se mantuvo vinculado a una red de intelectuales simpatizantes del Partido Socialista. Sin ser un afiliado formal, impartía cursos en la Universidad Popular Alejandro Korn junto a intelectuales afines como Luis Aznar y José Babini, y

publicó algunos artículos breves en *La Vanguardia* sobre cuestiones de historia[73]

El tono antiburgués de 1936 sería aplacado en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. En sus artículos aparecidos en el principal periódico antifascista del arco progresista de la década de 1940, *Argentina Libre*, se observan algunos trazos significativos de sus preocupaciones políticas. Romero no aceptaba sin más la hegemonía de alguno de los dos bandos en lucha y propugnaba una alianza continental latinoamericana para contrapesar la potencia norteamericana. Pese a ello, prefería sin dudar el bloque contendiente que consideraba como el menos reprobable: el de los Aliados[74] Esta cautela se comprende bien en el humor anti-imperialista que había sido un rasgo compartido en los ámbitos intelectuales de las izquierdas desde los años veinte y que hace menos sorprendentes algunas afirmaciones del Romero maduro en el mismo sentido[75]

Fue el surgimiento del peronismo el que llevó a Romero a destacar un compromiso más enérgico con el socialismo. Éste, como veremos, adquirió relieve en las preguntas que se hizo como historiador. En el epílogo de *Las ideas políticas en Argentina* (1946) el autor confesaba una adscripción que por entonces juzgaba inevitable como ubicación en el arco político local. Luego de afirmar que sólo el futuro mostraría si el partido radical y el comunista estaban capacitados para combatir la fascinación por el autoritarismo que encarnaba el peronismo, destacaba que el PS "viene trazando una curva definida que permite precisar su evolución con más certeza; firme en los puntos fundamentales de su doctrina, el socialismo argentino ha procurado compenetrarse con la tradición liberal que anima las etapas mejores de nuestro desarrollo político; esta compenetración le permite levantar la bandera de la democracia socialista, sin abandonar ninguna de sus consignas fundamentales en cuanto a los bienes de producción, pero manteniendo, al mismo tiempo, las conquistas que considera decisivas en el plano de la libertad individual"[76]

La aparición del movimiento peronista y la decisión de responder al desafío político que experimentaba como el triunfo de una fórmula vernácula del fascismo, condujo a Romero a adoptar la reivindicación de la *democracia socialista*, una defensa que hacia 1941 era reducida, de cara a la amenaza nacionalsocialista, a la democracia sin adjetivos[77]

Luego de la edición de *Las ideas políticas en Argentina* se confirió a Romero una medalla, "Caballero de Honor de la Orden del Corazón", de hechura bastante casera que hizo preparar Daniel Cosío Villegas del Fondo de Cultura Económica. En esa ocasión se organizó una reunión de amigos donde a las afinidades personales se unía una amplia pero reconocible familiaridad política liberal. Allí estuvieron entre otros Carlos Sánchez Viamonte, Luis Baudizzone, Leónidas de Vedia, los hermanos

Henríquez Ureña. El autor y el volumen agasajados reunían una sensibilidad intelectual que los cobijaba a todos, y que fue el tenor de la militancia socialista de Romero[78]

En efecto, la relación inicial de Romero con el Partido Socialista no fue la propia de un referente político activo, ni la del militante que hace de los deberes organizativos el centro de su existencia. Romero tuvo siempre una posición alimentada desde su obra de historiador y estuvo encuadrada en una costura de amistades que sólo en parte conocían bien las peripecias facciosas y transaccionales que recorren la vida de todo partido político. En verdad, no estaba preparado ni deseaba la disipación de tiempo y energía que deparaban las disputas internas. Esto no significa que no hiciera sus elecciones, ni que estuviera exento de los alineamientos a que obligaba la hegemonía del sector de Américo Ghioldi.

En el PS Romero se integró a la Comisión de Cultura, donde dirigió los escasos números aparecidos del periódico *El Iniciador*, inspirado en la publicación de la Generación del 37 en el exilio[79] "Como aquel otro ilustre periódico montevideano de las horas aciagas, cuya bandera y cuyo nombre quiere lucir de nuevo", escribía Romero en la nota editorial del primer número aparecido días antes de la victoria electoral laborista que consagró a Juan D. Perón como presidente, "éste, más humilde aunque no menos decidido, quiere cumplir con la noble e

inexcusable misión de luchar por la libertad y la cultura del pueblo. Y quiere hacerlo hoy, cuando las ve amenazadas por la negra sombra de la dictadura, para seguir haciéndolo mañana, con más alegría en el corazón, cuando el país retorne a ese clima de paz en que es posible desenvolver con más sosiego las ideas"[80]

El amparo de la pluma de D. F. Sarmiento era la más cara a las preocupaciones de Romero porque el drama de la Argentina era social y cultural. Romero creía, como B. Mitre, que en la Argentina había una democracia básica no desmentida por algún ocasional desvío autoritario. La diferencia residía en que de allí Romero no extraía el núcleo de la nacionalidad argentina, la que tampoco podía ser reconocida en las formas institucionales existentes[81] Si las masas otorgaban algún apoyo a Juan Perón era porque se habían extraviado por unos senderos que no eran los propios. La tarea de la hora consistía, en primer lugar, en el estudio de la realidad social que se había desplegado desde la época de la inmigración del tardío siglo XIX, y en segundo lugar la de *construir un lenguaje* que permitiera comunicar al pueblo la verdad democrática que debía reconocer como propia. La impronta elitista e iluminista de Romero estaba cribada por una veta romántica que le hacía percibir en el "alma popular" más que una inteligencia dormida a la que alertar sobre los riesgos de los nuevos tiempos. Por eso aspiraba a encontrar un idioma que pudiera conmover a la "más noble fibra

de su espíritu, a la que sobrevive a todas las miserias, a la que puede provocar su redención"[82] El reconocimiento de la ignorancia de qué era la formación social e identitaria argentina era el punto de partida (así como había sido el de llegada en *Las ideas políticas en Argentina*).

Esta supremacía de la realidad sobre su conocimiento adquirió un tono más inquieto luego del 24 de febrero de 1946. A pesar de las diversas explicaciones de la victoria peronista que Romero enumeraba en su nota del número subsiguiente de *El Iniciador*, insistía en su confianza en el carácter democrático de la población. Lo que sorprendía al historiador no era tanto la fascinación por Perón, que explicaba por el "embotamiento" cívico producido por trece años de gobierno "oligárquico" y tres de "dictadura", sino porque hubieran obtenido igualmente el favor popular figuras del todo reprobables, aun en la retórica del movimiento triunfante. "Con todo", escribía Romero, "desalienta comprobar cómo es posible que no haya existido la más mínima capacidad discriminativa en esa masa votante que lleva a los puestos de mayor responsabilidad en los gobiernos y en los cuerpos representativos a muchos hombres que no significan garantía alguna para una política de progreso, puesto que pertenecen a los grupos más reaccionarios del país, cuando no son ejemplo de la más negada ignorancia demostrada durante su actuación en ejercicios políticos de oscura memoria"[83]

La amargura de Romero expresaba el reproche a la incultura de la masa votante ante la oferta socialista que por lo menos debía primar en el parlamento, pero también un reconocimiento parcial del carácter progresivo que Perón tenía en contraste con otros personajes del todo negativos que lo acompañaban. Esta distinción que sólo aparecía entre líneas era necesaria para dar consistencia a la convicción irrenunciable del progresismo de Romero, a saber, que la esencialidad democrática se expresaba de alguna manera, así ésta fuera deformada.

La apelación al legado sarmientino era más que una referencia utilitaria e intercambiable. Expresaba una cuota romántica que fue también un componente del horizonte de Romero[84]

Entonces comenzaba a percibir lo que sería luego una tesis historiográfica: que existía una cultura popular relativamente autónoma[85]

La lectura del peronismo que allí emergía era notoriamente más compleja y ambigua que la propuesta por la dirección partidaria dominada por A. Ghioldi y N. Repetto[86]

Romero participó escasamente en la vida partidaria hasta después de su paso por el rectorado de la

Universidad de Buenos Aires entre 1955 y 1956. Ocupado en sus tareas docentes en forma privada y en la Universidad de la República (Montevideo), dedicando su tiempo a la investigación, a su familia, a sus aficiones de carpintero y de oyente de música clásica, las turbulencias que agitaron al PS luego de mediados de 1946 fueron para él eventos que si afectaban a su condición de afiliado no concernían sus esfuerzos mejores. Entre ellos, la dirección de la revista *Imago Mundi* que será estudiada en el próximo capítulo.

Avatares de un "maestro de juventudes"

El 16 de setiembre de 1955, las Fuerzas Armadas se sublevaron contra la autoridad constitución del presidente Perón. Luego de cuatro días de combates, la década peronista concluía en el momento en que el ahora ex-presidente abordaba una cañonera rumbo al Paraguay. Se iniciaba así el período la "Revolución Libertadora", una dictadura militar acompañada por una "junta consultiva" integrada por representantes de la mayoría de los partidos no peronistas.

La actuación de Romero como rector de la Universidad de Buenos Aires (UBA) entre el 30 de setiembre de 1955 y el 17 de mayo de 1956 lo convirtió en un personaje público y modificó su significación en el interior del Partido. Pero lo más sustantivo fue que transformó las relaciones que tenía con un círculo de jóvenes que lo visitaban durante el primer lustro de la década de 1950 en su casa de Adrogué. En realidad, ambos procesos fueron uno sólo y configuraron el camino que llevaría a Romero a desarrollar una actuación política que contrastaba con el bajo perfil de la década precedente. Durante unos años difíciles, Romero sería convertido en esa figura ya crepuscular de la joven intelectualidad: un "maestro de juventudes". Por otro lado, el alineamiento de su grupo de referencia en el antiperonismo intransigente y en la Guerra Fría no contó con su colaboración.

En los tiempos peronistas, jóvenes graduados y aun estudiantes frecuentaban a Romero en tanto intelectual socialista, lo que confluía con la notable seducción que ejercía sobre una inquieta franja de la juventud universitaria (Alexis Latendorf, Juan Carlos Marín, Oscar Toledo, Ketty Nahmías, Miguel Murmis, Reyna Pastor, Sergio Torres Rojas, Noé Jitrik, Jorge Graciarena), varios de los cuales procedían de los cursos paralelos que impartía en la Facultad de Ciencias Económicas de la UBA. El Colegio Libre de Estudios Superiores también fue un espacio que permitió algunos contactos[87] Estos vínculos se cruzaban con los que habían relacionado a Romero con estudiantes en el proyecto de *Imago Mundi*. Fue de estos círculos juveniles universitarios implicados en las conducciones de los centros de estudiantes de donde salió la candidatura de Romero (ternado junto a J. Babini y V. Fatone) como rector-interventor de la Universidad de Buenos Aires[88] Aunque hay distintos recuerdos sobre quienes llevaron adelante la propuesta de la Federación Universitaria

de Buenos Aires, lo esencial fue que Romero aparecía como la contraparte progresista que equilibraba la designación del católico-conservador Atilio Dell'Oro Maini en el ministerio de educación de la Revolución Libertadora[89] En esta tesitura, Ismael Viñas fue el secretario del interventor.

El ambiente no fue propicio para la continuidad de Romero en el cargo. El desplazamiento de E. Lonardi por P. E. Aramburu en la cúpula del gobierno militar luego de casi dos meses de una política que se quería conciliadora con el "pueblo peronista" complicó la situación. Lo hizo sobre todo cuando en ese mismo mes de noviembre Aramburu firmó el célebre decreto-ley 6403 cuyo artículo 28 autorizaba a las universidades privadas (es decir, católicas) a emitir títulos con habilitación legal. Entonces se inició un debate público en el cual el rector se posicionó en contra de esa medida que veía como atentatoria del laicismo en la enseñanza. El desacuerdo que lo enfrentaba con el ministro de Educación preparó la pronta dimisión de Romero[90]

La actuación de Romero en el PS adquirió un nuevo cariz luego de su renuncia al rectorado y por su protagonismo en la polémica sobre el decreto de autorización de la emisión de títulos oficiales por universidades privadas.

Del mismo modo que fueron los jóvenes dirigidos por David Tieffenberg y Alexis Latendorf quienes impulsaron su figura al rectorado, fueron también ellos los que propusieron a Romero como "figura emblemática" para llevar adelante una lucha en el seno del partido[91] Las tensiones de la Juventud con la dirección partidaria se habían potenciado luego del acto del Primero de Mayo de 1956 organizado en la Avenida de Mayo donde Américo Ghioldi desplegó los tradicionales motivos antiperonistas que lo caracterizaban.

La amistad de Romero con Marín, Latendorf y Graciarena, abonada por una coincidencia respecto a las irresueltas dificultades heredadas del período peronista que la política del PS no pudo superar, llevaron al período más álgido de su actividad en el socialismo. Fueron esos años los que vieron a un Romero en giras de difusión en el interior del país, como representante de un partido cuya unidad estaba en entredicho[92]

El 26 de noviembre de 1956 se constituyó la Comisión de Prensa del PS que designaría a la nueva dirección de *La Vanguardia*, que hasta entonces conducía Ghioldi. El 7 de diciembre Ghioldi fue desplazado por Alicia Moreau[93] Las divergencias internas se amplificaron velozmente, y la elección de Romero en 1957 para el Comité Ejecutivo del Partido agudizó las tensiones[94] Las disidencias se

acentuaron entre el Congreso reunido en Córdoba en noviembre de 1957 y el convocado para julio de 1958 en Rosario.

Desde la reunión de Córdoba, la mayoría del Comité Ejecutivo estaba integrada por María L. Berrondo, Emilio Carreira, Héctor Iñigo Carrera, Lucio E. Luna, Alicia Moreau de Justo, Ramón A. Muñiz, Alfredo L. Palacios, José Luis Romero, Carlos Sánchez Viamonte y David Tieffenberg. Frente a ese sector se encontraban en minoría: Américo Ghioldi, Andrés Justo, Teodoro Bronzi, Jacinto Oddone, Arturo L. Ravina, Juan Antonio Solari y Manuel Besasso. Los suplentes, Nicolás Repetto, Enrique Corona Martínez, José Soria, José Pfleger, José Luis Pena, Luis Pan y Gerónimo della Latta, eran considerados adictos a la minoría.

En el fragor de estas divergencias las hostilidades se manifestaron en múltiples modos. Uno de ellos fue el rechazo expresado por el ingreso de Romero al Comité Ejecutivo. Desde el sector de Ghioldi y Repetto se objetaba que Romero no dedicaba suficiente esfuerzo a las tareas partidarias y que, además, no conocía los pormenores ni dominaba adecuadamente las habilidades propias de la política.

El enojo por el cual Ghioldi trabó una alianza rioplatense contra Romero